

KEITH LUGER

UNA MUJER EN LA SOMBRA

Mi jefe, Adam River, esperó a que yo me sentase en el sillón de cuero. Adam andaba por los cincuenta años y era delgado, de ojos pequeños de un color azulado. La nariz aguileña daba a su cara el aspecto de un ave rapaz. Indudablemente lo era. Manejaba bien su negocio de venta de automóviles de segunda mano, y nos manejaba bien a todos sus agentes.

—Se va a encargar de lo de Gibson, Max —dijo.

Tom Gibson era un compañero mío, que una semana atrás había muerto en un accidente de automóvil mientras regresaba de Park Ridge, cerca del lago Woodcliff.

—Preferiría seguir con lo mío —repuse—. Quería visitar la zona de State Island.



Keith Luger

Una mujer en la sombra

Bolsilibros - Servicio Secreto - 594

ePub r1.0
LDS 21.09.17

Título original: *Una mujer en la sombra*
Keith Luger, 1961
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





Keith Luger

Una mujer en la sombra

1ª. EDICIÓN

DICIEMBRE - 1961

EDITORIAL BRUGUERA

Proyecto, 2-T. 284453



BARCELONA (6)

Una MUJER en la SOMBRA

por

KEITH LUGER



CAPÍTULO PRIMERO

Mi jefe, Adam River, esperó a que yo me sentase en el sillón de cuero. Adam andaba por los cincuenta años y era delgado, de ojos pequeños de un color azulado. La nariz aguileña daba a su cara el aspecto de un ave rapaz. Indudablemente lo era. Manejaba bien su negocio de venta de automóviles de segunda mano, y nos manejaba bien a todos sus agentes.

—Se va a encargar de lo de Gibson, Max —dijo.

Tom Gibson era un compañero mío, que una semana atrás había muerto en un accidente de automóvil mientras regresaba de Park Ridge, cerca del lago Woodcliff.

—Preferiría seguir con lo mío —repuse—. Quería visitar la zona de State Island.

—Ya habrá tiempo para eso. La cartera de Gibson incluye doce morosos. Algunos de ellos nos deben fuertes cantidades. Usted los trabajará bien, Max. Cobrará el mismo tanto por ciento que si esos clientes fuesen suyos.

Me alargó la cartera por encima de la mesa.

No había nada que hacer y, después de aceptar la cartera, salí del despacho. Susan interrumpió el tecleo de su máquina.

Miré por el gran ventanal hacia la playa donde estaban los coches. Ned Cowen, uno de los agentes, hablaba con un posible comprador de un «Buick» de segunda mano, modelo 1958.

Susan preguntó a mis espaldas.

—¿Para qué era, Max?

—Me endosó lo de Gibson.

Susan era una rubia con muchas curvas. Estaba casada, pero hacía unas cuantas semanas que estaba tramitando el divorcio.

—Tom Gibson no tenía ningún amigo en el negocio —murmuró.

—No era culpa nuestra, Susan.

—¿Qué es lo que tenía él para que lo odiaseis?

—Era jactancioso y siempre quería tener razón. No hacía más que provocar a todo el mundo.

—Ahora, Tom Gibson ya no provocará a nadie —dio un suspiro—. Por el amor de Dios, Max, estuvo hablando conmigo el día antes de morir.

—Corría demasiado.

—Pero era un buen conductor. Te lo oí decir a ti, Max.

—Cuando se va por la carretera entran en juego otros factores.

Miré la cartera que había pertenecido a Gibson. Cuanto más pronto empezase el trabajo, sería mejor.

Fui al bar de Lower y bebí un par de *whiskies* mientras echaba un vistazo al contenido de la cartera de Tom. Los morosos eran once y no doce. Tom Gibson había trabajado en la otra orilla del río, en especial las zonas de Unión City, Hoboken y Jersey City.

Decidí empezar por Unión City. Visité cuatro clientes. Dos de ellos pagaron la cuota atrasada, el tercero prometió enviar un talón a Adam River a la semana siguiente, y al otro no pude encontrarlo.

Almorcé en Unión City y luego me largué a Hoboken.

La ficha siguiente era Millie Russell. Trabajaba en la editorial de Arnold Hammond, y vivía en la calle Newark, 224.

Era muy temprano, las tres y veinte de la tarde, y decidí ganar tiempo llamando a la señorita Russell a la editorial.

Me metí en un bar y, mientras me servían un *whisky*, pasé a la cabina. Llegó una voz un poco chillona a través del cable:

—«Editorial Hammond».

—Por favor, quisiera hablar con la señorita Russell.

—¿Millie Russell?

—Eso es.

—Lo siento, caballero, pero ya no trabaja aquí.

—¿Desde cuándo?

—Se marchó hace tres meses.

Yo tenía la ficha de la señorita Russell en la mano. No había ninguna anotación. Cuando un cliente que nos compra un coche a plazos, cambia de domicilio o de lugar de trabajo, la circunstancia se señala en el espacio que hay en el reverso de la ficha. Tom Gibson no había anotado nada. Pero allí se reflejaba bien

claramente que la señorita Russell había pagado hasta el mes anterior, es decir, había abonado las cuotas correspondientes a los dos meses siguientes al en que dejó de trabajar en la «Editorial Hammond».

—Perdón, señorita —dije—. Quizá usted me pueda decir dónde trabaja ahora.

—No puedo informarle a ese respecto —lo dijo con mucho énfasis—. Y no creo que tampoco le pueda dar la menor noticia sobre ese particular cualquier otro empleado de la casa. La señorita Russell era muy reservada en sus cosas.

—Gracias —dije, y colgué.

El 224 Newark era un edificio de apartamentos de aspecto corriente.

El encargado estaba leyendo un diario apoyado en el marco de su covacha.

—¿La señorita Russell? —pregunté.

Interrumpió la lectura y se puso a observarme atentamente. Era un tipo de unos cincuenta años, de pecho hundido y rostro amarillento.

—No está —repuso.

—¿Cuándo estará de vuelta?

—No me he expresado bien. La señorita Russell se marchó para no regresar.

—¿Cuándo?

Se rascó por detrás de la oreja pensativo.

—Unos tres meses —murmuró.

—¿Está seguro?

—Claro. ¿Por qué no había de estarlo?

Saqué mi paquete de cigarrillos y se lo ofrecí, pero él rechazó la invitación.

Encendí un cigarrillo. Mientras arrojaba una bocanada de humo saqué la ficha de Millie Russell. No hacía falta que yo hiciera eso, porque me sabía de memoria todos los datos.

—Escuche, amigo —dije—. La señorita Russell compró un coche hace cinco meses, un «Chevy», modelo del año 1959, a la firma de Adam River, de Nueva York. Hizo la operación un agente compañero mío. La señorita Russell se retrasó en sus cuotas y ahora mi misión consiste en hacerle una visita a ella.

—Le comprendo. Recuerdo el automóvil, uno azul y blanco.

—Sí, ése era el color.

—Bueno, pero me temo que no pueda ayudarle en nada. La señorita Russell se fue y no dijo a dónde.

—¿Y qué hay de la correspondencia que llegó después de haberse ido ella?

—No llegó ninguna carta a su nombre.

La cosa se ponía bastante difícil. La señorita Russell se había largado olvidando las obligaciones que tenía contraídas con Adam River.

—¿Cuál es su nombre? —pregunté al encargado.

—Falk Halley.

Saqué del bolsillo un billete de cinco dólares y se lo alargué.

—Esto es para usted, Falk. Sólo quiero que me preste un poco de colaboración. Miró el billete lamiéndose el labio inferior.

—No le puedo decir lo que usted quiere porque no lo sé.

—Me proporcionará otros datos que quizá interesen. Vaciló unos instantes y agregué:

—Eso no le va a comprometer a nada.

Aceptó el billete y lo hizo desaparecer en el bolsillo. Luego me miró interrogativamente. Yo dije:

—Es posible que usted no sepa nada, Falk, pero quizá no estén en las mismas circunstancias algunos de los vecinos.

—Todos están lo mismo que yo. Y de eso también estoy seguro.

—¿Por qué?

—La señorita Russell no hizo ninguna amistad con los de la casa.

—¿Cuánto tiempo estuvo viviendo aquí?

—Sólo dos meses.

—¿Vino recomendada por alguien?

—No lo sé. Eso tendrá que preguntárselo al administrador.

—¿Quién es el administrador?

—David Brand. Vive en la Avenida Webster, 180.

—Muy bien, Falk. Iré a echar una parrafada con él. Pero antes quisiera convencerme de que no voy a sacar nada limpio en la casa. ¿Está ya ocupado el apartamento de la señorita Russell?

—Sí. Ahora vive ahí un músico. Vino a las dos semanas de marcharse la señorita Russell.

—¿Cuántos apartamentos hay en cada planta?

—Tres.

—Hábleme de los vecinos de la señorita Russell.

—La señorita Russell ocupaba el apartamento seis y en esa planta están, además, el cuatro y el cinco.

—¿Quién vive en el cuatro?

—Paul Cheeck. Es un hombre de unos cuarenta y cinco años, agente de ventas como usted y sólo se llega aquí para dormir. Creo que él y la señorita Russell no se llegaron ni a ver.

—¿Y el cinco?

—Lo ocupa Bessie Mason, una viuda. Ella está todo el día en el apartamento. Únicamente de vez en cuando sale a dar un paseo. Su marido la dejó bien. Es una mujer bastante habladora. Probablemente ella pensaría ser una buena amiga de la señorita Russell, pero fracasó.

—¿Se lo dijo la señora Mason?

—Sí.

—Creo que subiré a charlar un rato con ella.

—Puede hacerlo, pero creo que va a perder el tiempo.

—Gracias, Falk.

Subí en el ascensor a la segunda planta y oprimí el botón correspondiente al apartamento número cinco.

Del interior llegó un maullido.

Luego la puerta se abrió y en el hueco apareció una mujer que tenía en los brazos un hermoso gato de Angora. La dama había ya cumplido los cuarenta años y su cabello estaba teñido de rojo. Debía haber sido una mujer atractiva, pero ya hacía mucho tiempo que había perdido la línea. Se le veía demasiada grasa por todos partes. Su cara era ancha y los ojos claros, muy vivaces. Cubríase con un batín un poco descolorido.

—¿Señora Mason?

—Sí.

—Mi nombre es Max Wellman —a continuación le dije por qué estaba allí. Pensé que era la mejor forma de hacerla hablar.

Cuando supo que la señorita Russell había desaparecido, dejando sin pagar la cuota de su coche, observé cierto regocijo en sus ojos.

—¿Quiere pasar, señor Wellman? —dijo.

Fuimos a un «*living*» que estaba bastante desarreglado. En un

rincón vi un plato que contenía un poco de leche.

Bessie Mason dejó su gato de Angora en un sillón y me indicó el de enfrente.

—¿*Whisky*? —preguntó, sonriendo.

—Sí, gracias.

Fue a la cocina y trajo dos vasos con *whisky* y cubitos de hielo. Encendimos dos de mis cigarrillos y luego ella se sentó en el diván, cruzando las piernas.

—Parece mentira que haya gente así, ¿verdad, señor Wellman?

—Sí, desgraciadamente la hay, y eso es lo que hace nuestro trabajo más pesado. Muchas personas no lo hacen intencionadamente. No dejan su domicilio por olvido, pero luego ellas mismas lo recuerdan y nos envían su dinero o una carta anunciando la nueva dirección.

—Al parecer, ése no es el caso de la señorita Russell.

—No, no lo es y es por lo que ahora tengo que realizar una verdadera investigación. ¿Me podría usted ayudar, señora Mason?

Parpadeó unos instantes.

—El caso es que no sé a dónde fue.

Habría soltado una maldición, pero eso era feo. Preferí seguir adelante.

—¿Se llevaba usted bien con ella?

—Ni bien ni mal.

—Ya; no la trataba.

—Era una mujer extraña, ¿sabe?

—¿Por qué lo era, señora Mason?

—Un par de veces me ofrecí a la señorita Russell para todo lo que pudiese necesitar, pero ella nunca vino aquí. Cuando nos encontramos en el corredor, y eso ocurría muy de tarde en tarde, se limitaba a corresponder fríamente a mi saludo. Yo hablaba de cualquier cosa y ella ni siquiera parecía escuchar. En cuanto me di cuenta de que trataba de evitarme, no quise insistir más.

—¿La vio en compañía de alguien?

—No.

Tal como me había anunciado el portero, la señora Mason no me iba a servir de ninguna ayuda.

—¿Cómo era ella, señora Mason? —pregunté.

Se echó sobre el respaldo del diván y bebió un trago de *whisky*

mirándome a los ojos. Luego observó el humo que ascendía del cigarrillo que sostenía con la otra mano.

—Creo que le hubiese gustado conocerla, señor Wellman.

—¿Sí?

—Era una mujer… ¿cómo diría yo…? Sugestiva. Sí; muy sugestiva. No soy de las que sólo se preocupan de sacar faltas a las demás… La señorita Russell podía ser muy extraña en cuanto a su comportamiento, pero era muy bonita.

—¿Puede hacerme una descripción?

—Sí, creo que puedo —alzó los ojos por encima de mi cabeza—. Yo diría que tenía unos veinticuatro o veinticinco años… Muy esbelta… el cabello negro y los ojos también muy negros. Poseía las pestañas más largas que he visto en mi vida y le puedo garantizar que no eran postizas. Eso se conoce enseguida. Su piel era muy blanca. Si quiere que le sea sincera —sonrió, haciendo una pausa—, Millie Russell es una de esas mujeres que una sólo concibe están trabajando para los productores de Hollywood.

Dejé el vaso sobre la mesa ratona y me puse en pie.

—Espere, señor Wellman. Me he acordado ahora del detalle más importante.

—¿A qué se refiere, señora Mason?

—Entré en el apartamiento de ella cuatro o cinco días antes de que se marchase… Verá, yo tenía mi teléfono estropeado… Quise llamar a la Compañía para que viniesen a arreglarlo. De buena gana hubiera ido al apartamiento de Paul Cheeck, pero él no estaba aquí nunca de día; así que llamé a la puerta de la señorita Russell. Eran poco más o menos las siete de la tarde. Le dije lo que ocurría… No le agradó mucho y sentí la tentación de volverme sin hacer la llamada, pero al fin me invitó a pasar y decidí terminar cuanto antes. Tenía el teléfono sobre una pequeña mesa, en el «*living*». De pronto empezó a sonar, y la señorita Russell alcanzó el auricular… Yo me quedé quieta y recuerdo que ella me miró con aire reservado. Luego dijo: «Sí, señor Bremen». Después seguí escuchando y más tarde añadió: «De acuerdo, señor Bremen. Deme la dirección…». Sobre la mesita había una libreta y un lápiz… La señorita Russell apuntó en el papel la dirección que le daban desde el otro lado del hilo…

La señora Mason se interrumpió.

Yo estaba dispuesto a apostar a que la señora Mason no había olvidado en ningún momento su visita a Millie Russell cuatro o cinco días antes de que la joven desapareciera, pero a ella le gustaba la conversación y estaba demasiado sola. Por eso no lo había soltado hasta el último momento, cuando me disponía a despedirme.

Hice la pregunta:

—¿Cuál fue la dirección que apuntó la señorita Russell?

—Bueno, yo estaba de pie y ella se puso de espaldas. No estoy muy segura de que ése fuese el nombre.

—¿Cuál?

—Hudson Bulevard.

—¿Número?

—No lo pude ver, porque los dedos de la señorita Russell lo cubrían.

—¿Dijo algo más la señorita Russell?

—No. Eso fue todo.

La señora Mason se levantó, sonriendo.

—¿Por qué se va tan pronto? Le puedo servir otro *whisky*.

—Quizá en otro momento.

Hizo un mohín con los labios y me acompañó hasta la puerta. Su mano estaba tibia, pero la piel no era suave.

—Gracias por todo, señora Mason.

—Fue un placer hacer algo por usted, joven —repuso, marcando las palabras. Salí fuera y bajé la escalera.

Falk Halley interrumpió otra vez su lectura.

—¿Logró algo?

—Muy poco —dije y luego lo miré a los ojos—. ¿Qué tal era ella, Falk? Ya sabe, me refiero al físico.

Se pasó el dorso de la mano por la mejilla, mirando al suelo, y luego levantó los ojos.

—¿Soñó alguna vez con una mujer que todos los hombres deseasen y que fuese solamente para usted?

—Sí, cuando tenía quince años.

—Pues así era ella.

CAPÍTULO II

David Brand era un rubio de unos cuarenta años, rostro de facciones regulares y mentón hendido.

La vieja lechuza que me había anunciado, cerró la puerta a mis espaldas.

—¿En qué puedo servirle, señor Wellman? —dijo Brand, estrechándome la mano. Luego me señaló un sillón. Yo me senté, pero él quedó de pie.

—Verá, señor Brand —dije—. Me intereso por una joven llamada Millie Russell que se alojó durante dos meses en uno de los apartamentos del edificio de la calle Newark, del cual es usted administrador.

—Oh, sí, ya recuerdo —repuso metiendo los pulgares en los bolsillos del chaleco—. Una bonita mujer.

—Quisiera que me informase acerca de ella.

—¿Es usted de la policía?

—No.

—¿Detective privado?

—No, señor Brand. Trabajo en una casa de automóviles. La señorita Russell nos compró un coche y, cuando cambió de domicilio, olvidó darnos su nueva dirección.

—Ya comprendo. Se demoró en el pago de las cuotas. Asentí con la cabeza.

Sonrió mirándose la punta de los zapatos, quizá porque encontró todo aquello muy divertido, aunque a mí no me no parecía. Alzó otra vez los ojos.

—Me temo que no pueda echarle una mano, señor Wellman.

—¿De qué forma la conoció usted?

—Vino a este mismo despacho atraída por un aviso que publiqué

en un diario.

—Comprendo, pero supongo que usted indagaría acerca de ella antes de alquilarle el apartamento.

—Sí, le hice unas cuantas preguntas.

—Me gustaría saber cuáles fueron, naturalmente si usted lo considera discreto.

—Desde luego, señor Wellman. No hubo nada confidencial —dio unos pasos por la estancia—. En realidad, ella estaba dispuesta a pagar los dos meses por adelantado que le exigí y eso es lo básico en mi organización. Pero, de todas formas, le pregunté qué clase de trabajo hacía y ella me respondió que estaba empleada en una editorial, algo así como la «Anton» o «Ambo».

—Hammond —le rectifiqué.

—Sí, ése era el nombre.

—¿No sintió usted interés en saber de dónde procedía?

—Eso hubiese sido una impertinencia por mi parte, señor Wellman. Dejé transcurrir unos segundos.

—¿Le dijo ella por qué abandonaba el apartamento?

—Me lo anunció por teléfono.

Brand no daba muchas facilidades. Le tenía que sacar las respuestas con tenazas.

—¿Qué es lo que ella le dijo, señor Brand?

—Simplemente que se marchaba y que dejaría las llaves al encargado.

—¿No le hizo usted ninguna pregunta acerca de por qué dejaba el apartamento?

—No, señor Wellman —sonrió otra vez—. No es mi costumbre. Moví la cabeza y me puse en pie.

—Así que no sabe usted dónde pueda encontrarse ahora.

—No tengo la menor idea. Di un suspiro.

—Muy bien. Tendré que seguir buscando.

—Le deseo éxito, señor Wellman.

Cambiamos un nuevo apretón y abandoné la oficina.

La editorial «Hammond» se ubicaba en una estrecha calle del centro comercial de Hoboken. Todo el edificio estaba dedicado a oficinas y la «Hammond» ocupaba una buena parte de la tercera planta.

Empujé una puerta con el entrepaño de vidrio esmerilado y me

encontré en una habitación donde había tres mujeres tecleando en sendas máquinas. Eran dos morenas y una rubia y me dirigí a ésta, quizá porque era la más vistosa de las tres.

—Buenos días —dije y esperé a que me mirase—. Quisiera hablar con el señor Hammond.

—No puede.

—Si tiene visita, esperaré.

—Murió hace nueve años.

—Entonces hablaré con Hammond hijo.

—No hubo ningún hijo.

—Pobre hombre.

Enarcó las cejas, murmurando:

—Usted en realidad no nos conoce. Nunca ha tenido que ver con la editorial «Hammond».

—No. ¿Es importante?

Sólo debía tener veinte años y era una monería, la frente abombada, los ojos de color aguamarina y la nariz respingona. En sus pupilas chispeó la ira.

—A ver si acierto ahora —dije y me incliné sobre ella apoyando las palmas de la mano en la mesa—. Quiero ver al gerente.

Levantó la barbilla.

—¿A quién debo anunciar?

Le dije mi nombre sin agregar nada.

Se levantó, dio vuelta a la mesa y echó a andar hacia la puerta que había al fondo.

Poseía un par de remos de primera calidad.

Se metió en el despacho y a poco reapareció, manteniendo la puerta abierta.

—El señor Caldwell lo espera.

Ella tuvo la culpa de que yo me acercase demasiado a ella. Sus senos eran altos, erguidos y muy firmes. Se echó hacia atrás y golpeó contra la puerta.

—Gracias —dije.

Apretó los dientes y salió, cerrando tras sí.

El tipo que estaba detrás de una larga mesa frisaba en los cincuenta años. El brillo empezaba a aparecer en su calva. Era muy chato.

No se levantó para recibirme. Sus ojos acuosos me observaron

atentamente.

—¿En qué puedo servirle, señor Wellman?

Avancé hacia la mesa y me detuve muy cerca. El tipo no me había invitado a sentarme.

—Usted tuvo aquí empleada a Millie Russell hasta hace unos tres meses.

—¡Sí!

—La ando buscando.

—¿Para qué, señor Wellman?

—Cuestión de una herencia. Trabajo con los de la «Pinkerton». Meneó la cabeza de arriba abajo.

—Sí, ya entiendo —hizo una mueca—. Pero no puedo ayudarle. No sé dónde pueda encontrarse ahora la señorita Russell.

—Permítame, señor Caldwell —me froté el mentón—. ¿Cómo vino a parar ella aquí?

—Pedimos una taquígrafa a una escuela de secretarias y ellos nos enviaron a la señorita Russell.

—¿Cuál es esa escuela?

—La «Maspeth», en la avenida Maspeth.

—¿Supo algo de ella durante el tiempo en que la señorita Russell estuvo con ustedes?

—En lo que a mí respecta, nunca indago en la vida privada de los empleados.

—Comprendo —miré los legajos que había sobre la mesa—. ¿Por qué se marchó ella de aquí, señor Caldwell?

—Lo hizo voluntariamente.

—¿Y no supo la razón?

—No, ni me interesaba. Si la señorita Russell encontró un empleo mejor que el nuestro, era cuestión suya.

—¿Puedo preguntarle en qué departamento trabajaba?

—Justamente en la oficina por donde usted acaba de cruzar. Ahora su plaza la ocupa la señorita Hillside.

Inspiré profundamente e hice mi siguiente pregunta.

—¿Sabe si la señorita Russell intimó con alguna de sus compañeras?

—No, señor Wellman. Me temo que no. La señorita Russell sólo trabajó con nosotros dos meses. Y no era mujer a quien le gustase intimar con nadie.

Bien; la entrevista había terminado. Le di las gracias y salí fuera.

La rubia había vuelto a su trabajo. Me detuve delante de su mesa. Las otras dos muchachas hacían funcionar las máquinas a toda velocidad.

—¿Es usted la señorita Hillside? —pregunté.

Me contestó sin detener el rápido movimiento de sus dedos.

—No, no lo soy.

—¿Cuál es su nombre entonces?

—¿Es para un concurso?

—Es usted muy bromista. Sólo quiero interrogarla acerca de una compañera suya, de Millie Russell.

Suspendió el trabajo y se me quedó mirando.

—Mi nombre es Kate Garden. ¿Qué quiere saber de la señorita Russell?

—Su paradero actual.

—Lo ignoro absolutamente.

En ese momento se abrió la puerta del despacho de Caldwell y éste dijo:

—Señorita Garden, ¿puede pasar? Quiero dictarle unas cartas. Dirigí una mirada al calvo acompañada con una sonrisa.

—Buenas tardes, señor Caldwell.

—Le deseo suerte en su investigación, señor Wellman. Miré otra vez a la rubia y salí fuera.

Cerca del edificio había un bar. Me metí en él y pedí un *whisky*.

Infiernos, la búsqueda de Millie Russell era más difícil de lo que había podido imaginar. Había algo allí que no me gustaba. Nadie sabía nada. Bueno, ahora tenía dos lugares a los que acudir. Primero estaba aquel Bremen que, según Bessie Mason, había hablado con Millie por teléfono, y, en segundo término, la escuela de secretarias de «Maspeth» en la avenida Maspeth. Utilicé la guía telefónica y encontré un Serge Bremen que vivía en el 182 de la avenida Palisade.

Fui allí en mi coche.

Vi una puerta de hierro. Estaba abierta y metí por allí el carro siguiendo un camino de gravilla. A los lados crecían los árboles, las flores y los setos. Todo era muy bonito. El camino trazó una curva y vi la casa al fondo, a unas cien yardas. Era enorme, construida de piedra blanca. A la derecha estaba la cochera y allá había un chofer

de uniforme, que lavaba un «Cadillac» con una pequeña manguera.

Giré el volante y detuve el coche junto a la gran escalera.

Salté fuera y me puse a mirar el jardín, mientras encendía un cigarrillo.

El chofer había interrumpido su faena y me estaba mirando. Levanté la mano haciéndole un saludo, pero él no se movió una pulgada.

De pronto sentí unos pasos arriba y al volverme vi a un tipo delgado de largas patillas que vestía pantalones listados y chaqueta oscura. Esperó a que yo fuese a su encuentro, pero quedé allí aspirando fuertemente el humo de mi cigarrillo.

—¿Quién es usted? —me preguntó.

—Max Wellman…

Se quedó un rato pensando y luego dijo:

—Estoy seguro de que no ha anunciado su visita, señor Wellman.

—No, no lo hice.

—Lo siento, pero no puede ser recibido.

—Todavía no he dicho a quién quiero ver. Hizo otra pausa.

El chofer se hallaba un poco lejos de nosotros, pero el tipo de arriba y yo estábamos distanciados y teníamos que gritar para entendernos, así que el de la manguera no se estaba perdiendo una palabra del diálogo.

—He venido a hablar con el señor Bremen —dije.

—Hay dos señores Bremen.

—Bremen I —anuncié al azar.

—¿Lo conoce usted?

—No.

—En tal caso, le repito que debe solicitar hora para su entrevista.

Lo miré unos instantes y por último sacudí la cabeza de arriba abajo.

—De acuerdo, muchacho —dije, y miré la cochera.

El chofer silbaba algo por lo bajo mientras proseguía su faena.

Puse en marcha el motor y el coche trazó un círculo y tomó otra vez el camino de regreso.

El criado permaneció unos instantes arriba y finalmente dio media vuelta y entró en la casa.

Conduje hacia el portón de hierro pero, mucho antes de llegar, arrimé el coche a los árboles y apreté el pedal del freno. Luego salí fuera y pasé al otro lado siguiendo un camino bordeado de setos.

Fui a parar al lado derecho de la cochera.

El chofer había terminado con el lavado del «Cadillac». Sacó un pañuelo y se enjugó el sudor que le caía por la frente.

—Hola —dije, apareciendo detrás de él.

El tipo detuvo el movimiento de su mano y giró muy rápidamente. Su cara era alargada, la nariz fina y la boca un tajo.

—De modo que es uno de esos tipos vivos… —murmuró. Yo no tenía nada que decir y él se puso a mover la cabeza.

—Si quiere saber cuántos millones tiene el patrón, diríjase al Banco Nacional. Allí se lo dirán. Si lo que le interesa es saber cuántas mujeres tuvo, le bastará con que vaya a consultar a la redacción de cualquiera de esas revistas escandalosas…

Era muy gracioso el fulano. Hice un gesto negativo.

—No, no me interesa nada de eso, Paul. Enarcó las cejas.

—Ya acabó la conversación —repuso—. Y mi nombre no es Paul. Saqué un billete de cinco dólares.

—Mis preguntas no pueden comprometer a nadie —dije, mientras alisaba el billete. Guardó el pañuelo sin dejar de mirarme.

—Es un sabueso, ¿verdad?

—No, no soy ningún sabueso.

—Pues tiene pinta.

Saqué una tarjeta comercial de mi cartera y se la alargué. En ella se podía leer: «Max Wellman, agente de ventas de Adam River. Automóviles de segunda mano. Ventas al contado y a plazos».

Se echó a reír; apartando los ojos de la tarjeta.

—Eso está bien. ¿Ha venido a que el señor Bremen le compre uno de sus cacharros? Ya no era tan ñero como antes.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho? —pregunté.

—Monty Wills.

—Está bien, Monty. Sólo busco a una prima mía que anduvo por aquí hace cuestión de tres meses. El abuelo está grave y quiere echar una última parrafada con la muchacha.

—¿Y viene a buscarla a esta casa?

—Sí, Monty.

—¿Quién es ella?

—Millie Russell.

Abrió la boca y apoyó la lengua en el labio inferior. Sus ojos me miraban entrecerrados.

—No, no conozco a ninguna Millie Russell.

—Probablemente no te fue presentada.

—¿Cómo es?

—Una mujer de una vez —a continuación le di la descripción que Bessie Mason me había hecho de Millie.

Monty escuchó atentamente y luego permaneció pensativo haciendo la misma mueca.

—No, Wellman —respondió al fin—. Esa mujer no anduvo por aquí.

—Tengo la seguridad de que sí —le apreté las clavijas.

—¿Quién se lo dijo?

—Informe confidencial.

—Ya —movió otra vez la cabeza—. Le engañaron, muchacho. Di un suspiro.

—Está bien, Monty. Continuaré buscando por otra parte —miré el billete y lo dejé sobre el guardabarros.

Di media vuelta y eché a andar por el camino que me había llevado hasta allí. Me detuve en una de las revueltas y esperé unos segundos.

Luego me asomé junto a un seto. Monty Wills ya no estaba junto al coche y también había desaparecido mi billete de cinco dólares.

Me fui de allí muy pensativo.

CAPÍTULO III

La señora Nora Taller, directora de la escuela de secretarias de Malpeth, era una mujer de unos cuarenta y cinco años, esbelta, pulcramente peinado el cabello castaño y cara simpática, aunque un poco caballuna.

Una joven con gafas me había hecho pasar a presencia de la directora.

—¿Qué desea, señor Wellman? —preguntó la señora Taller, tras echar una mirada a la tarjeta que le había entregado su empleada.

No tenía por qué mentirle y le conté todo lo relacionado con Millie Russell. Cuando hube terminado, repuso:

—Siempre me dije que Millie parecía rodeada de una aureola de misterio.

—¿Sí?

—Estuvo con nosotros de dos a tres meses.

—¿Quiere decir que aprendió en ese tiempo todo lo que necesita saber una secretaria?

—Oh, no, señor Wellman, pero la señorita Russell sólo que hizo practicar con nosotros lo que ya tenía aprendido. Era una buena dactilógrafa.

—Así, pues, lo que hizo fue ponerse al corriente.

—Sí, señor.

—Ello quiere decir que aprendió todas esas cosas en otra parte y que probablemente eso ocurrió mucho tiempo atrás.

—Sí, desde luego. Ésa es la conclusión.

—¿No le dijo ella dónde lo aprendió?

—Sí, dijo que había sido en Chicago.

—¿Era ella de allí?

—No, no lo dijo. Para ser exacta, la señorita Russell nunca tuvo

conmigo una conversación de carácter íntimo. Se limitaba a realizar sus ejercicios durante las horas de las clases.

—Quizá tuvo alguna compañera con la que se relacionase más.

—Sí, desde luego hubo una.

Me eché hacia adelante, interesado.

—¿Quién es?

La señorita Taller se apretó las sienes con el pulgar y el índice de la mano derecha mirando al tablero de la mesa tras la que se sentaba. Yo estaba enfrente de ella ocupando un sillón. De pronto alzó los ojos, diciendo:

—Ethel Lands, Ese es el nombre.

—¿Me puede decir dónde trabaja ahora la señorita Lands?

—Sí, desde luego. Nosotros le dimos la colocación. Es un abogado al que le hemos facilitado otras dactilógrafas, el señor Harry Hichens. Tiene su bufete en la calle 75, Este.

Hicimos una pausa.

—Me imagino, señora Taller, que no volvió a saber nada de la señorita Russell.

—No, en absoluto. Sacudí la cabeza.

—¿Qué me puede decir de la «Editorial Hammond», el lugar adonde fue a trabajar Millie?

—Es una firma respetable y nosotros le hemos enviado todas las dactilógrafas que actualmente trabajan allí.

—¿Qué clase de obras editan?

—Están especializados en libros científicos. Especialmente gozan de gran renombre sus obras de Física Nuclear y Química.

—Ahora quiero hacerle una pregunta un poco personal, señora Taller.

—Hágala.

—¿Qué impresión le produjo a usted la señorita Russell?

Mi interlocutora miró hacia la derecha, lejos de mí, permaneciendo meditabunda un rato. Luego, sonriendo, dijo:

—Tenía un sello especial de distinción y eso me hizo suponer que pudiera pertenecer a una familia con dinero y que hubiese venido a menos. O quizá había sufrido un gran desengaño y por ello se rodeaba de una fuerte coraza en sus relaciones con las demás personas. Pero, eso sí, era atenta y educada.

Me puse en pie.

—Gracias por todo, señora Taller. Me acompañó hasta la puerta.

—¿Puede hacerme un favor, señor Wellman?

—Desde luego.

—Cuando de con ella, ¿querrá telefonearme? Me gusta saber acerca de mis chicas y usted ha ganado mi curiosidad con respecto a Millie.

—Cuente con ella, señora Taller, si es que tengo éxito en mi gestión.

La investigación me había abierto el apetito. Entré en un automático y despaché un par de perros calientes y dos jarras de cerveza. Luego bebí un pozo negro de café y encendí un cigarrillo.

Hice un examen de todo lo que me había acontecido aquel día.

Un compañero mío, Tom Gibson, había muerto en accidente y el jefe me había encargado de su cartera. Empiezo a trabajar los morosos y me encuentro con que uno de ellos, Millie Russell, ha desaparecido sin dejar rastro. Muy bien; ¿qué importancia tenía eso? Después de todo, Millie no había sido mi cliente. Incluso ahora, al recapacitarlo, me dije que había tomado demasiado interés por el asunto. Infiernos, yo sólo tenía que presentarme al viejo y decirle que cargase en pérdidas el débito de Millie Russell.

Pero volví a pensar en Tom Gibson. Según la ficha, Millie había pagado las cuotas de los dos meses siguientes a su desaparición. Por tanto, Tom Gibson conocía la nueva dirección de Millie, pero ¿por qué no había hecho la anotación correspondiente? ¿Por olvido quizá? Deseché la idea. Pudo haberse olvidado la primera vez que fue a cobrar a Millie, después que ella se marchó de la calle Newark, pero no la segunda. Había otra pregunta. Yo no había podido conocer la nueva dirección de Millie a pesar de todas mis gestiones.

¿De qué forma la llegó a saber Tom Gibson?

Consulté mi reloj. Quizá todavía Adam River estuviese en el negocio.

Tuve suerte. Descubrí las luces de la oficina encendidas, aunque las persianas estaban medio echadas de forma que no se podía ver a la persona que pudiese haber en el interior.

Estacioné el coche.

Llamé a la puerta del despacho de River, pero no esperé a oír su voz para entrar. El viejo estaba leyendo un diario y apartó la

mirada de la página.

—Hola —dijo, haciendo una mueca.

Me senté en el sillón de cuero y di un suspiro. Más tarde encendí un cigarrillo y Adam seguía observándome.

—Bueno, ¿qué pasa? —dijo con acritud.

Saqué de la cartera de Gibson la ficha de Millie Russell y se la alargué por encima de la mesa.

—Quiero saber de qué forma se realizaron los dos últimos pagos.
Adam miró la ficha y dijo:

—¿Qué infiernos…? ¡Está claro…! Tom los cobró.

—Pensé que la señorita Russell podría haber enviado el dinero directamente aquí. Me miró con el ceño fruncido.

—¿Cuánto tiempo trabaja conmigo, Max?

—Dos años, cuatro meses y diecisiete días.

—¿Y todavía no sabe que cuando el cliente envía directamente su dinero se hace constar en la ficha?

—Lo sé, pero pensé que pudiera haber un olvido.

Me arrojó la ficha dando vueltas por el aire y me cayó sobre el estómago, resbalando hasta las rodillas.

—En mi negocio no hay olvidos —dijo Adam.

—Bueno, la chica no aparece.

—¿Qué es eso de que no aparece?

—Se marchó de su casa.

—Está bien. Investigue su nuevo paradero.

—Es lo que he hecho, pero no la he encontrado, a pesar de que he dedicado a eso muchas horas —hice una pausa—. Y hay otra cosa, señor River. La chica no se fue recientemente de la calle Newark, que consta en la ficha. Ocurrió hace tres meses.

Iba a decir algo, pero guardó silencio.

—A ver, deme esa ficha —ladró al fin.

Se la devolví y la consultó unos instantes. Luego empezó a rascarse un pequeño grano que le había salido en la frente.

—Está claro —dijo.

—¿Sí, jefe?

—Tom Gibson conocía la nueva dirección y él le cobró personalmente.

—¿Y por qué no reseñó la nueva dirección en la ficha?

Di en el blanco. Soltó unos cuantos gruñidos, pero eso no quería

decir nada. De pronto su rostro se iluminó.

—No es usted muy listo que digamos, ¿eh, Wellman?

—Sólo sé vender coches. Dígamelo usted, jefe.

—Gibson lo debió anotar en alguna parte.

—¿Dónde por ejemplo?

—En algún bloc.

—¿Lo tiene usted?

—¡Maldita sea, no!

Mostré en alto la cartera que había pertenecido al Gibson.

—Tampoco está aquí. La revisé bien. Sólo están las fichas de los morosos y una relación de posibles clientes. He mirado todos los nombres. En ninguna parte está el de Millie Russell.

—No me refería a esa cartera. Tom Gibson tenía un domicilio. Seguro que ese bloc lo encontrará en su apartamento.

—¿Y si lo llevaba con él cuando ocurrió el accidente?

—Cuando fui a identificar el cadáver me enseñaron lo que llevaba encima. Y sólo tenía la cartera, un llavero y una pluma fuente —echó el torso hacia adelante—. ¿Lo entiende? No había ningún bloc… Le repito que lo debía tener en su apartamento.

—¿Cuál es la dirección?

—Calle 62, Oeste, 182.

—Está bien. Me daré una vuelta por allí. ¿Tiene usted su llavero?

—Se lo quedó la policía para devolverlo al administrador. Hable con el encargado.

—Lo haré, pero antes quiero que me diga una cosa. Dejé correr unos segundos.

—Vamos, hable de una vez —rezongó River.

—¿Quién le dijo que lo de Tera Gibson fue un accidente? Sus ojos empezaron a agrandarse.

—Oiga, Max, ¿qué es lo que pretende insinuar?

—Le he hecho una pregunta.

—Claro que fue un accidente.

—¿Quién lo dijo? —repetí.

—La policía del Estado. Fue un reventón. Exactamente, se fue al diablo el neumático derecho del eje delantero. El coche se lanzó por un precipicio.

—¿Quién le informó a usted acerca de eso?

—El teniente Gregor Marvin —arrugó otra vez la nariz—. ¿Qué es lo que pretende, Max?

—Usted me invitó a que me hiciese cargo de la cartera de Gibson y ahora estoy investigando el paradero de un cliente moroso.

Me levanté del sillón y eché a andar hacia la puerta.

—¡Eh, espere, Max! Di media vuelta.

—¿Qué ocurre?

Se mojó los labios con la lengua unas cuantas veces.

—Quizá valga la pena dar por terminado ese asunto.

—¿Por qué?

—¡Maldita sea!… ¡Usted lo está revolviendo todo!

—Sólo me guía el interés del negocio.

—Sí, pero no me gustan las complicaciones.

—¿A qué complicaciones se refiere, jefe?

—No se crea más listo de lo que es. Usted ha empezado a encontrarlo todo extraño, la desaparición de esa mujer, la muerte de Gibson… Y quizá otras cuantas cosas más.

—Suponga que es así.

—No vale la pena armar tanto ruido. Después de todo, esa mujer sólo debía setecientos cincuenta dólares.

Lo dijo como si se tratase de cinco centavos, y justamente él era un hombre que lucharía hasta el fin por un dólar.

—Usted no tiene por qué perder eso, River —repuse—. Y yo estoy cumpliendo con mi obligación. Lo que dije sobre el accidente de Gibson fue algo completamente casual. Ganas de hablar por hablar. Encontraré ese bloc en el apartamento de Gibson, sabremos la nueva dirección de Millie Russell, usted recuperará su dinero y todo habrá acabado.

Se hizo un silencio, pero no dejamos de mirarnos a los ojos.

—De acuerdo, Max —dijo—. ¿Va a ir allá ahora?

—Sí.

—Está bien. Cuando haya acabado hágame una llamada o dese una vuelta por aquí.

Permaneceré en el despacho hasta las nueve.

Hice un gesto afirmativo.

Veinte minutos más tarde detenía el coche frente a la casa en que había vivido Tom Gibson. Era un edificio bastante nuevo.

Encontré al encargado contemplando en la televisión el *show* de Milton Berle. Oyó mis pasos por la entrada del hueco y se volvió.

—¿Qué quiere? —preguntó.

El tipo andaba por los cincuenta años y era de regular estatura, de pelo y cejas blancos.

Su nariz estaba torcida y las orejas arrepolladas.

—Soy un compañero de Gibson, Max Wellman —me presenté.

—Celebro conocerle, pero usted ya sabrá lo que le pasó a él.

—Quizá me ha faltado aclarar que Tom y yo trabajábamos juntos en el mismo sitio.

—Ya. ¿Y a qué ha venido aquí?

—¿Está ocupado ya el apartamento de Gibson?

—No. Todavía no.

—Alguien desocuparía las cosas de mi amigo.

—Sí; como no tenía familiares, vino el jefe de ustedes, un tal señor Rider.

—River.

—Sí, eso es.

—¿Cuándo vino él por aquí?

—El mismo día que murió el señor Gibson, aproximadamente a estas mismas horas.

—¿Cuál es su nombre?

—Walter Dixon, Walt para los amigos.

—Supongo que tiene las llaves, Walt.

—Sí, desde luego.

—¿Quiere hacer el favor de venir conmigo? No encontramos unos papeles del negocio y el señor River y yo hemos pensado que Tom los dejaría en el apartamento.

Dixon caminó hacia un tablero y alcanzó una llave, que alargó.

—Si no tiene inconveniente, prefiero quedarme aquí —dijo señalando a la pantalla de televisión—. Ya me la devolverá cuando baje.

—Muy bien, Walt —miré la chapa que había en el llavero en la que estaba grabado el número 24.

—Es la cuarta planta —me explicó el encargado.

Subí en el ascensor y una vez arriba caminé por un largo corredor hasta llegar al apartamento 24. Metí la llave en la cerradura y la hice girar. Pasé dentro y di la vuelta al conmutador

de la luz. Luego aparté unas cortinas que había a la derecha del vestíbulo y penetré en un *living.*

Quedé inmóvil observando el desorden que imperaba allí. El diván y los sillones habían sido despanzurrados y su contenido estaba esparcido por el suelo. Los cuadros habían sido descolgados de la pared y el cristal de uno de ellos estaba roto.

Luego pasé al dormitorio. No ofrecía mejor aspecto. La cama también había sido deshecha y el colchón y la almohada yacían asimismo con sus tripas al aire.

El rocero se hallaba abierto, pero en él no había ningún traje. El cajón de la mesilla de noche descansaba sobre el somier desnudo y estaba vacío.



Fui al cuarto de baño. También estaba convertido en una ruina. Habían levantado hasta una docena de baldosas y el pequeño botiquín que había sobre la pared se hallaba abierto, aunque dentro ahora no había nada.

Abandoné el apartamento, cerrando con llave.

El encargado seguía viendo su programa y le eché una mirada cuando entré en la habitación. Dejé la llave sobre la mesa y saqué el paquete de cigarrillos.

Encendimos y, cuando arrojamos sendas bocanadas de humo, él preguntó:

—¿Encontró lo que buscaba?

—No —lo miré a los ojos—. ¿Cómo era el señor River?

—¿Qué dice?

—Ya sabe, el tipo que vino aquí el mismo día del accidente. Arrugó el entrecejo.

—Creía haberle oído decir que usted era compañero de Gibson.

—Sí, Walt, pero me temo que la persona que se presentó a usted como nuestro jefe era un condenado embustero.

Apartó el cigarrillo de los labios, quedándose un poco perplejo.

—Tenía unos cuarenta años y era alto, un poco delgado, pómulos salientes… La boca era muy corta —hizo una pausa. —¿No es ése el señor River?

—No, Walt. No era el señor River.

—¡Por todos los infiernos!…

—Naturalmente, usted no subió con él.

—Pues no… En aquellos momentos estaban dando un buen programa —señaló otra vez el televisor.

Eché a andar hacia la puerta.

—¿Qué es lo que ocurre, señor Wellman? —preguntó Walt. Lo volví a mirar.

—El falso señor River hizo un gran estropicio en el apartamento. Puede subir a verlo —guardé silencio—. Y quiero que recuerde una cosa, Walt. Yo sólo he estado arriba un par de minutos. No he tenido tiempo para dejarlo todo en la ruina.

Tragó saliva y alcanzó la llave que yo había dejado sobre la mesa. Mientras salía de la casa oí que se movía muy ligero hacia el ascensor.

Ya en la calle, eché a andar hacia el lugar en que había

estacionado el coche.

Abrí la portezuela para meterme dentro y en esto alguien me tomó por el brazo izquierdo.

CAPÍTULO IV

Volví la cabeza y vi una cara muy cerca de la mía. Era un tipo de unos treinta años, de ojos que miraban fríamente, nariz chata y boca muy larga.

—Entre —dijo—. Vamos a dar un paseo.

—Es lo que iba a hacer —repuse—. Pero no admito polizones.

—No rechiste, amigo.

—Oiga, usted… —me interrumpí porque otra mano empezó a apretarme el otro brazo.

Giré la cabeza hacia ese lado y vi a un segundo tipo que me estaba emparedando contra el primero.

—¿Pasa algo, Bill? —dijo el recién llegado.

—No, Sandy. No pasa nada. El chico nos invita.

—Ustedes deben estar confundidos —dije, mirando alternativamente a uno y otro.

No nos hemos visto en ninguna parte.

—¿Va a obedecer, muchacho? —dijo el tipo que se llamaba Bill. Algo duro presionó contra mi costado y no tuve duda de lo que era.

—Muy bien —rezongué—. No tengo inconveniente en llevarlos a donde quieran, pero han podido echar mano a otros modales. Yo siempre hago un favor a quien me lo pide.

Me colé dentro del coche y el llamado Sandy lo hizo detrás de mí, empujándome hacia el otro lado del asiento.

Eché mano al tirador de la portezuela y empecé a abrirla, pero justamente en este instante apareció Bill por el hueco.

—Vamos, estréchese, amigo.

—¿Por qué no viajan en el asiento trasero? Aquí vamos a estar como sardinas en lata.

—Será por poco tiempo. Sabrá resistirlo.

Se sentó a mi lado y Sandy puso en marcha el coche.

—Bueno —dije—, ¿qué significa esto?

Los dos miraron por el parabrisas y ninguno respondió a mi pregunta. Di un suspiro y llevé la mano al bolsillo para sacar cigarrillos.

—Estése quieto —dijo Bill con voz seca.

—Oiga, creo que están demasiado acostumbrados a dar órdenes. Siguieron mirando por el parabrisas.

De pronto Sandy giró bruscamente el volante y el coche se deslizó por un callejón muy oscuro.

Cada vez me gustaba menos aquello. Había leído muchas cosas acerca de los cadáveres que se encuentran de vez en cuando en el Hudson o en los terrenos baldíos, tipos a los que alguien ha atado una piedra al cuello o le ha levantado la tapa de los sesos con ayuda de un pequeño trozo de plomo.

Miré una vez más a mis dos acompañantes y estuve dispuesto a jurar que ellos dos podían hacer esa clase de trabajos.

De pronto, Sandy frenó bruscamente.

Bill abrió la portezuela de su lado y entonces sacó la otra mano del bolsillo del sobretodo, mostrándome una pistola negra y brillante.

—Vamos, baje, amigo.

—Oiga, ¿por qué no se cercioran antes de que cometan un error irreparable? Sandy soltó una risita.

—Sí, Bill. ¿Por qué no te cercioras?

—Está bien —sacudió la cabeza Bill—. ¿Es usted Max Wellman?

Yo sabía que ellos no se habían equivocado, pero, a pesar de ello, el oír mi nombre en voz de aquel matón me produjo escalofrío.

Bill prosiguió sin que yo le hubiese contestado.

—Usted trabaja como agente vendedor de coches de segunda mano con un tal Adam River —sonrió enseñando unos dientes carniceros—. ¿Está ahora de acuerdo?

—Sí, pero no comprendo…

—Vamos, baje de ahí. Tenemos que hablar con usted. Será un diálogo muy corto. Imaginé lo que iba a ocurrir.

Hice un gesto afirmativo mientras apoyaba las palmas en el asiento disponiéndome a salir. Entonces disparé mi pie derecho contra la mano armada de Bill.

La pistola voló, yendo a golpear contra el techo. Bill se fue hacia atrás escupiendo maldiciones.

Me revolví sobre Sandy para evitar que me agujerease por la espalda, pero él también estaba preparado y me golpeó en la cabeza.

No lo hizo con el puño, sino con otra pistola.

Me hundí en el asiento, escuchando mi propio gemido. El dolor me laceró el cerebro, pero me dije que ahora no podía perder el conocimiento. Alargué las manos para evitar que Sandy me pegase otra vez y la culata chocó contra mis nudillos, electrizándome la diestra.

Pero mi zurda no estuvo ociosa y mis uñas se clavaron en carne palpitante. Hundí los dedos con todas mis fuerzas y oí como Sandy lanzaba un grito de dolor.

En esto unas manos me tomaron por la pierna y dieron un tirón. Me deslicé por el asiento y al caer golpeé la nuca contra el estribo. Aquello era casi el final.

Una puntera se clavó en mi ingle y sentí todos los dolores del infierno.

Oí chillidos, pero me golpearon en la boca y entonces se interrumpieron los gritos.

Me siguieron machacando en el hígado, en los riñones y en la cara. Luego el dolor cesó, aunque yo seguía sintiendo los golpes.

Una voz dijo:

—Ya tiene bastante, Sandy. Oía sus respiraciones agitadas. Yo estaba insensible.

—Déjalo descansar. Tenemos que darle un masaje.

Di la vuelta, quedando boca abajo. Mi cara entró en contacto con algo húmedo y me pregunté si sería mi propia sangre.

Un pie me empujó hasta ponerme boca arriba.

Abrí los ojos y vi la odiosa cara de Sandy sobre la mía.

—¿Qué tal te encuentras ahora, chico?

Hubiese deseado escupirle, pero no me quedaban fuerzas para ello.

—Escucha, Wellman; cuando te repongas vas a seguir vendiendo coches, ¿lo entiendes?… Eso es lo tuyo, vender coches y nada más.

Entonces el hijo de perro me golpeó con el puño cerrado en la quijada.

Apreté los dientes porque otra vez volvió el dolor y ahora lo sentí en el cuello y en la nuca.

—¿Es que no me has oído, Wellman?… Vamos, di que sí, quiero oírlo… Sólo vender coches. Acabaste de hacer de detective… —sonrió—. Estoy esperando tu respuesta.

Solamente tenía que decir una palabra. Sí. ¡Qué fácil era! Dos letras, una sílaba. Sólo tenía que decir una palabra y ellos se irían de mi lado y me dejarían tranquilo.

Traté de hacer un esfuerzo, pero de mi garganta únicamente salían sonidos incoherentes porque yo estaba agonizando.

Bill rió por encima de Sandy.

—El muchacho te está diciendo que está conforme.

—No lo oigo.

—Le hemos pegado demasiado fuerte. Es un tipo un poco blando, pero te lo está diciendo, Sandy.

Sandy gruñó haciendo una mueca y luego sacudió la cabeza.

—Sí, creo que lo está diciendo. Anda, vamos.

Oí sus pasos que se alejaban. Entonces, cuando quedé solo, perdí el conocimiento.

CAPÍTULO V

Una estrella me guiñó allá en lo alto y luego parpadearon otras. Traté de moverme y me dolió todo el cuerpo, de la cabeza a los pies. Aquellos bastardos habían hecho bien su trabajo.

Ahora el frío me penetró en la carne y llegó a los huesos y mis dientes castañetearon.

Miré atrás y vi brillar el metal de mi coche. Esto fue confortador. Sólo tenía que arrastrarme hasta él, y luego todo sería fácil.

Pero llegar hasta el estribo fue una pesadilla. Me vi obligado a detenerme muchas veces; y cada vez que respiraba para recuperar fuerzas sentía una gran opresión en el pecho.

Pensé que podía tener alguna costilla rota o que los hijos de perra me hubiesen reventado.

Lenta y trabajosamente pude izarme arriba del coche. Cuando estuve ante el volante apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos.

Así pasé mucho rato. Luego me miré la cara en el espejo. Mis labios estaban partidos y tenía una grieta encima de una ceja. Había otros rasguños, pero esto no tenía importancia.

Puse el motor en marcha y me alejé de allí.

Estacioné frente al edificio donde se ubicaba mi apartamento y luego me limpié la cara con el pañuelo y me atreví a cruzar la calle. Lo hice renqueante, deteniéndome mucho. Una mujer y un hombre me observaron cuando pasé cerca de ellos y alejáronse hablando en voz alta de los estragos que produce el alcohol.

Me eché el ala del sombrero sobre los ojos y penetré en el edificio. Por fortuna, Joe, el encargado, no estaba a la vista.

Subí sólo en el ascensor hasta la tercera planta. La proximidad de mi apartamento me dio nuevas energías.

Fui derecho al cuarto de baño y me despojé muy lentamente de toda la ropa. El agua caliente me hizo mucho bien.

Luego me sequé con mucho cuidado, observando los verdugones que tenía en todo el cuerpo.

Finalmente pasé al dormitorio y me metí en la cama, Y entonces me puse a pensar.

¿En qué clase de lío me había metido yo? ¿Qué relación existía entre la muerte de Tom Gibson y la desaparición de Millie Russell? ¿Por qué habían asesinado a Tom Gibson haciendo parecer su muerte como un accidente? ¿Dónde estaba ahora Millie Russell?

Eran muchas preguntas, demasiadas, porque yo no tenía respuesta para ninguna. Estaba cansado y me dormí.

Al día siguiente desperté muy tarde. Eran ya las diez.

Me alcé de la cama y otra vez llegaron los dolores, pero ahora no eran tan fuertes.

Abrí el grifo del agua caliente, luego el de la fría y, finalmente, otra vez el de la caliente.

Después de secarme me vestí, eligiendo un traje de mezclilla.

Esta vez, Joe estaba abajo y me miró perplejo.

—¿Qué fue eso, señor Wellman?

—Me atraparon por su cuenta los hermanos de mi chica. Siete, Joe, siete. Se quedó más asombrado aún.

Decidí no ir al bar donde desayunaba todos los días, porque habría más preguntas.

Fui a otro donde no me conocían y despaché un almuerzo abundante. Me alegró saber que yo era un hombre que respetaba la tradición. Siendo un niño comía mucho cada vez que recibía una paliza.

A las once y media estacionaba mi coche en el negocio de Adam River. Ned salió de la oficina del viejo dando palmetadas en la espalda del cliente que el día anterior había estado examinando el «Buick».

—Hola, muchacho —dije al pasar por su lado.

Ned me miró sonriente, pero al instante quedó serio viendo mi cara. No le di tiempo a pedir explicaciones porque me introduje en la oficina.

—Buenos días, Max —dijo Susan, y empezó a abrir los ojos espantada.

—¿Qué es lo que tenéis las mujeres, nena? —dije mientras pasaba de largo hacia la cueva del viejo.

Adam River estaba consultando unos papeles.

—Anoche me quedé esperándole —dijo sin mirarme.

Me dejé caer en el sillón de cuero y mis huesos crujieron.

—Estuve muy ocupado con un par de amigos.

Alzó los ojos y me observó. Entre sus dos cejas apareció una arruga.

—No sabía que fuese peleón, Max.

—¿Sólo se le ocurre decir eso? Sus ojos chispearon.

—No me irá a decir que esas marcas que tiene en la cara tienen algo que ver con todo ese asunto de Gibson y la Russell…

—Sí, River. Tienen que ver.

Se produjo una larga pausa, que yo aproveché para encender un cigarrillo.

—No me gusta, Max —rompió al fin a hablar el viejo.

—Le gustará menos cuando sepa toda la historia.

A continuación le hice un relato de lo que había sucedido a partir del momento en que me fui de allí la noche anterior.

Cuando hube soltado la última palabra, un profundo silencio se adueñó de la estancia.

—Está bien, Max —dijo River—. Siento lo ocurrido.

—Yo también.

—Usted me dijo ayer que quería ocuparse de la zona de State Island. Empiece desde ahora.

Me miré los nudillos despellejados.

—No, River. Eso va a esperar.

—Ya le comprendo, quiere acabar primero con los clientes de su zona.

—No, no voy a visitar a ninguno de mis posibles clientes.

—¿Qué se propone? Dígalo de una vez.

—Voy a seguir investigando el asunto de Gibson y la Russell.

Sus ojos se convirtieron en rendijas.

—¿Se ha vuelto loco?

—Me pegaron fuerte, pero no hasta ese punto.

—Usted no puede hacer eso.

—¿Por qué? Me amenazaron a mí.

—No, Max. Ahí es donde se equivoca. Usted es un empleado

mío, y esa gente podría tomar represalias contra mí.

—Eso es lo que le preocupa, ¿eh? Lo que le puedan hacer a usted o a su condenado negocio.

—¿Cómo se atreve?

—Le tiene sin cuidado que Tom Gibson fuese asesinado o que hayan hecho cualquier barbaridad con esa chica… A usted sólo le interesa que le puedan tocar la bolsa.

—¡Basta ya! Me puse en pie.

—Voy a continuar mi camino, River.

—Lo hará bajo su única y exclusiva responsabilidad. Usted deja de trabajar conmigo desde ahora.

—Muy bien, River.

—Si se espera un momento, ordenaré a Susan que le pague sus comisiones.

—Esperaré, pero dese mucha prisa en hacer la liquidación. Eché a andar hacia la puerta.

—Un momento, Max.

Di la vuelta. River también se había levantado del asiento.

—¿Va a avisar a la policía?

—No, todavía no.

—Pero espera hacerlo.

—Lo haré cuando tenga alguna prueba.

Abrí la puerta y salí fuera, cerrando a mis espaldas.

Susan no estaba trabajando. Debía haber oído nuestras voces.

—Así que te marchas —dijo.

—Hay otros vendedores de coches, y algunos de ellos me conocen. Descuida, no me moriré de hambre.

—Lo siento, Max.

—Yo también. Voy a fumar un cigarrillo ahí fuera. El viejo me está haciendo la liquidación.

Salí al aire libre y, cuando estaba a punto de terminar mi cigarrillo, Susan me hizo una señal desde la ventana para que pasase.

Doscientos veinticinco dólares con cincuenta centavos fue lo que me dio. No me entretuve en comprobar si la liquidación era correcta. Firmé el recibo correspondiente y alargué la mano a Susan.

—Te deseo suerte, muchacha —dije. Ella me retuvo la mano.

—Estás metido en un asunto peligroso, ¿verdad, Max? Le sonreí.

—No lo es tanto para acabar conmigo.

Poco después me alejaba de aquel lugar en el coche. Me detuve en el primer bar que encontré en el camino y tomé posesión de la cabina telefónica.

Llamé al despacho del abogado Harry Hichens y pedí hablar con la señorita Ethel Lands.

Al cabo de unos instantes una voz juvenil inquirió:

—¿Quién es?

—Usted no me conoce, señorita Lands. Mi nombre es Max Wendell y me gustaría hablar con usted acerca de Millie Russell.

—¿Le ocurre algo a Millie?

—¿Ha almorzado ya, señorita Lands?

—Me dispondré a hacerlo dentro de quince minutos.

Yo ya lo había hecho, pero era una buena oportunidad para hablar con ella.

—¿Por qué no lo hacemos juntos, señorita Lands?

—Muy bien. ¿Conoce lo de Jimmy Willis? Está en la calle 62 Oeste.

—Sí, he ido alguna vez por allí. La estaré esperando.

—Sí, pero ¿cómo lo voy a conocer?

—Será fácil, señorita Lands. Estaré mirando a la puerta y, entre todas las caras que usted vea, no encontrará otra más estropeada.

Colgué antes de que ella dijese algo.

Llegué a lo de Jimmy Willis doce minutos más tarde. No encontré ningún taburete libre cerca de la puerta y, me tuve que alejar un poco.

Pedí un «Martini» y me puse a fumar, mirando hacia la puerta del local. Entraron una docena de mujeres y, naturalmente, algunas me miraron con insistencia, pero ninguna se me acercó.

Despaché el «Martini» y pedí otro. Estaba bebiendo el primer trago del nuevo vaso cuando oí una voz a mis espaldas:

—Hola, señor Wellman. Me volví rápidamente.

No estaba preparado para aquello. Era una rubia muy alta que sonreía mostrando un hoyuelo en cada mejilla. Sus ojos, eran claros y grandes y sus senos firmes y pujantes bajo el jersey color crema.

—Hola —dije, cuando pude hablar.

—Bueno, tengo el tiempo tasado, señor Wellman. No más de

treinta minutos para el almuerzo. Es lo malo de estar empleada con un abogado de renombre. Demasiado trabajo, ¿sabe?

Su voz era musical.

—Vamos a una mesa —propuse.

Nos fuimos a una del fondo y ella encargó al mozo su menú, pero yo sólo pedí un *whisky*.

—Creí qué usted no había almorzado —dijo Ethel.

—Hoy me levanté tarde.

—¿Es usted boxeador?

—No, Ethel. No lo soy, aunque me hubiese gustado serlo —le sonreí—. ¿Ha visto últimamente a Millie?

—No, pero me telefoneó hace un par de semanas.

—¿Un par de semanas? —repetí.

—Sí —dijo ella, haciendo un mohín—. ¿Tiene eso algo de particular?

—Quizá porque justamente quisiera hablar con ella y no conozco su dirección.

—Vive en la calle Newark, número 224.

—No, Ethel. No vive allí.

—Estoy segura de que sí. Estuve un par de veces en su casa.

—Usted fue allá hace más de tres meses.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque hace tres meses que Millie se marchó de la calle Newark.

—Oh, no. Tiene que estar equivocado. Millie me hubiese dicho una cosa tan importante como el cambio de domicilio. Ella podía imaginar que yo iría a visitarla cualquier día.

—¿Para qué la llamó, Ethel?

Se me quedó mirando fijamente.

—¿Sabe que me parece usted un hombre muy extraño, señor Wellman?

—Supongo que debo parecérselo, pero quizá encuentre lógicas mis preguntas si le digo que Millie desapareció sin dejar rastro.

Se echó a reír.

—Oiga, nos encontramos en el bar de Jimmy Willie, son las doce del día, en este momento nos rodea medio centenar de personas —vio llegar al mozo y agregó—: y yo tengo un apetito de mil diablos.

Esperé a que el mozo lo hubiese dejado todo sobre la mesa.

—Muy bien —dije—, coma tranquila y luego hablaremos. No pudo resistir la curiosidad.

—¿Hay un muerto en su historia, señor Wellman?

—Sí, Ethel. Lo hay.

Supo que yo estaba hablando en serio e hizo una triste mueca.

—Ande, coma —dije.

—¿Cree que podré?

—Estoy seguro de que sí.

Desde luego, pudo. Me miró muy pocas veces. Yo me entretuve con mi *whisky* y mis cigarrillos.

Pedí dos cafés.

—Está bien, hombre misterioso —dijo ella, después de beber el suyo—. Ya estoy preparada.

Una vez más repetí mi historia. Ethel escuchó atentamente y, cuando yo terminé, dijo:

—No puedo creer que Millie se haya mezclado en un asunto sucio.

—No he dicho que haya hecho eso. Simplemente ha desaparecido.

—Oh, no, señor Wellman. ¿Es que no lo recuerda? Le repito que ella me llamó a la oficina.

—¿Qué es lo que ella quería decirle? —insistí.

—Hacía unos cuatro meses que no nos veíamos y quería saber de mí.

—¿Sólo eso?

—Nada más. Fue una conversación muy corta. Sirvió también para recordar un viaje que hicimos juntas al lago Woodcliff cuando estábamos en la escuela de secretarias.

—¿Las dos solas?

—Sí.

—¿Dónde se alojaron?

—En uno de los campamentos.

—¿Ocurrió algo anormal en ese viaje?

—Nada en absoluto. Pero para nosotras resultó muy divertido.

—Supongo que harían amistad con alguien.

—Pues si. Entablamos amistad con algunas personas, pero no tuvo la menor trascendencia.

—¿Cuánto tiempo estuvieron allá?

—Un fin de semana. Llegamos el viernes a última hora y el domingo al atardecer iniciamos el regreso.

—¿Hicieron el viaje en el coche de Millie?

—No, en el mío.

—¿Volvieron alguna otra vez allá?

—No —la joven sacudió la cabeza—. ¿Qué es lo que usted cree, señor Wellman?

—Usted me asegura que Millie habló con usted hace dos semanas y que ella le hizo la llamada para saber de usted y para recordar el viaje al lago Woodcliff. Yo no le encuentro sentido.

—¿Por qué no? Admito que fue una conversación trascendente, pero debería usted pedir una plaza en la Compañía de Teléfonos. Me imagino que se asombraría mucho escuchando a través del hilo.

—Tenga en cuenta que no sabemos dónde está Millie. ¿Por qué ella no le dio su nueva dirección si habló con usted? Hacía ya diez semanas que se había marchado de la calle Newark.

—Quizá se le fue de la cabeza y espera hacerlo de un momento a otro.

—No, Ethel. No me convence.

—En confianza, usted a mí tampoco. Admito que Millie debería haberme dado su nueva dirección, pero eso no significa nada.

—¿Y la muerte de Gibson?

—Un accidente. Usted mismo ha dicho que la Policía del Estado lo considera así, y supongo que ellos deben saber de eso un poco más que usted.

—Usted parece tener explicación para todo, Ethel —le señalé los desperfectos de mi cara—. ¿Y esto?

—Usted me ha dicho que ellos le dijeron que se dedicase solamente a vender coches.

—Sí.

—No mencionaron en ningún momento el nombre de Millie ni el de Tom Gibson.

—No, no lo mencionaron.

—Ahí lo tiene. Quizá lo golpearon a usted por otra cosa…

—No me diga.

—Usted debe estar relacionado con un montón de personas.

—Con centenares.

—Cualquiera de ellas le envió a esos dos caballeros para darle

un escarmiento y usted, obsesionado por lo de Millie y lo de Tom Gibson, lo ha cargado en la cuenta de ellos.

Guardé un silencio.

—Creí que la convencería, Ethel.

—Siento haberle defraudado. Le sonreí.

—Quizá sea cuestión de tiempo. Ahora quiero preguntarle algo más de Millie. ¿De dónde era ella?

—De Los Ángeles.

—¿Por qué vino a Nueva York?

—No me lo dijo.

—¿Familia?

—No me habló nunca de nada referente a ella.

—¿Hombres?

—Ninguno.

—Creí que ustedes eran buenas amigas y que se habrían contado sus cosas. Ethel quedóse pensativa unos instantes.

—Millie era muy reservada. Eludía cualquier clase de conversación acerca de ese tema.

—Pero usted le contó su parte.

—Sí.

—¿Y no le pareció extraño que ella no le correspondiese?

—Es posible, pero también pensé que hay muchas personas como Millie y que cada una es dueña de su pasado.

—¿Y no le intrigó a usted el pasado de su amiga?

—Ajá. Y me hubiese gustado conocerlo. Le diré sinceramente que siempre tuve la esperanza de que ella terminara por hablar algún día y no tuve mucha prisa por intentarlo. Millie era una buena amiga y me pareció que, si yo no obraba con discreción, ella se sentiría molesta hasta el punto de enfriar nuestra amistad.

—¿Quién se empleó primero, usted o ella?

—Yo. Y eso significó una ruptura temporal.

—Me temo que haya sido definitiva —dije con voz lúgubre.

—No es usted muy optimista que digamos.

Lo dijo sonriente y alargó una mano poniéndola sobre la mía. Era suave y tibia.

—Ya verá cómo todo se arregla, Max.

—Eso espero.

—No lo digo en el sentido que usted quiere. Millie se encuentra

perfectamente, y su amigo Tom Gibson tuvo la desgracia de sufrir un accidente que le costó la vida.

—Sí, y los dos fulanos me zurraron hasta que no pudieron más porque tenían ganas de hacer un poco de ejercicio, y yo fui el primer saco que encontraron en el camino.

Consultó su reloj y se puso en pie. Yo lo hice también. Me alargó la diestra sonriente.

—Sé que dentro de muy poco usted me llamará para decirme que todo marcha bien.

Hasta la vista, Max y, gracias por su invitación.

Cuando quise decirle algo, ya se alejaba hacia la puerta.

Allá quedé sumido en mis pensamientos. Y ninguno de ellos era agradable.

CAPÍTULO VI

Eran las seis de la tarde cuando llegué a la residencia; pero ahora la gran puerta de hierro estaba cerrada.

Estacioné el coche y salté fuera. No vi a nadie por entre los barrotes de modo que pulsé el timbre que había a la derecha.

Esperé tranquilamente fumando un cigarrillo. Me estaba mirando la punta de los zapatos cuando oí una voz agria:

—¿Qué es lo que quiere?

El tipo que estaba al otro lado de la puerta tenía cara de pocos amigos. Era un forzudo que se cubría con un sombrero de paja. Debía ser el jardinero, pero yo no lo había visto en mi visita anterior.

—He venido a hablar con Bremen I.

—¿Acordó la cita?

—No.

—Entonces no tiene nada que hacer. Lárguese.

Poseía unos estupendos modales. Ya había empezado a alejarse hacia la derecha.

—¡Eh, bravucón, espera! —exclamé.

Volvió la cabeza bruscamente mirándome a la cara con ojos muy brillantes.

—¿Quiere que salga ahí y le atice también?

—Sería demasiado trabajo para ti. Esto me lo hicieron entre dos y pillándome de sorpresa.

Soltó un salivazo contra un seto y luego dijo:

—Ande, hijito, y váyase a dormir.

—Quiero que le des un recado a tu patrón. Dile que vengo de parte de Millie Russell.

—No le diré nada.

—Muy bien. Puedo transmitir el mensaje desde cualquier teléfono. Ya veremos quién se gana la bronca.

Titubeó unos instantes y por último dijo:

—Está bien. Voy a darle ese recado, pero si resulta que usted me perjudica, le juro que no le dejo un hueso sano.

No esperó a oírme y eso fue mejor para mí.

Continué fumando mi cigarrillo y más tarde arrojé la punta al suelo y la aplasté con el tacón.

Aún transcurrieron diez minutos antes de que el forzudo regresase.

Me miró nuevamente y por último sacó una llave del bolsillo y abrió el portón.

—Puede pasar. Un criado le espera en la puerta para conducirle a presencia del señor Bremen.

Eché a andar por el camino de grava, pero unos pasos más allá me detuve y volví la cabeza. El forzudo estaba cerrando otra vez con llave.

—¿Crees que voy a escapar? No vine aquí a pasar una temporada.

—Quiero asegurarme de que no me tomaste el pelo, muchacho —tiró la llave al aire y la atrapó—. Te estaré esperando aquí.

—Estupendo, bravucón, pero ahora dime: ¿Cuál de los dos Bremen me espera?

—El padre.

Sacudí la cabeza y continué mi camino hacia la casa.

En el porche estaba el mismo criado que había hablado conmigo la primera vez.

Cuando llegué a su lado me observó arremangando la nariz, como si yo estuviese contaminado.

—Sígame —dijo.

—Con mil amores, abuelo.

Me condujo a una biblioteca que estaba sumida en la penumbra. Cuando yo estuve dentro, la puerta se cerró desde fuera.

Un tipo se levantó de un sillón y acercóse a mí sonriendo, con la mano extendida.

Era un hombre de unos cincuenta años, de estatura regular, cabello negro, ojos un poco saltones, nariz aguileña y pecho atlético. Se cubría con un traje de buen corte y olía a perfume.

Me estrechó la mano diciendo:

—No sé quién es usted, pero si viene en nombre de Millie Russell es bien recibido.

—Max Wellman —dije.

—¿Quiere sentarse, señor Wellman? Naturalmente, tomará algo.

Me senté en un sillón y él se fue hacia la zona oscura de la habitación y empezó a traquetear con vidrio mientras decía:

—Millie es una mujer maravillosa, la perfecta secretaria. ¿Sabe que intenté que se quedase conmigo?… Pero no pude lograrlo… Lo sentí mucho, señor Wellman.

Regresó con los dos vasos y me ofreció uno. Bremen levantó el suyo diciendo:

—Por Millie.

—Por Millie —repetí y bebí un trago.

Luego, él se sentó y se echó hacia delante, siempre sonriendo.

—Bueno, hábleme de ella. ¿Cómo le va?

—Lo ignoro.

Enarcó las cejas mientras su sonrisa se hacía más suave.

—Ya comprendo, señor Wellman. Usted la vio hace algún tiempo.

—No, señor Bremen. Para ser exactos, yo no conozco a Millie Russell. Se puso muy serio.

—¿Qué broma es ésta, señor Wellman?… Creo recordar que Joshua, mi jardinero, me dijo que usted venía por ella.

—Realmente podría llamarse así porque estoy buscándola.

—¿A Millie?

—Sí, señor Bremen. Millie ha desaparecido y yo necesito encontrarla.

Trató de decir algo, pero en última instancia se decidió por beber otro trago de *whisky*, sin apartar de mí los ojos.

—Veamos si lo comprendo —dijo—. Se ignora el paradero de Millie y usted es un policía de la Oficina de Personas Desaparecidas.

—No, señor Bremen. Tampoco soy policía. Sólo un vendedor de coches.

Sus ojos empezaron a brillar mucho, no sé si por efecto del alcohol o por el que le producían mis frases.

—¿Quiere Ser más claro, señor Wellman? —dijo con acritud.

Naturalmente no le iba a contar nada de lo de Gibson. Le dije

sólo que un compañero mío había vendido un coche a Millie y que la muchacha se había retrasado en el pago de sus cuotas. Luego agregué:

—Una vecina de Millie me dijo que nuestra cliente había trabajado con usted.

—¿Por qué no ha dicho usted la verdad desde el primer momento?

—Estuve aquí ayer, señor Bremen, y encontré dificultades para llegar hasta usted.

—Sí, ya entiendo, pero usted pudo haber telefoneado solicitando una entrevista conmigo.

—Es posible.

—De todas formas, su problema no existe o, al menos, no ofrece las dificultades que usted cree.

—¿De veras?

—Millie Russell está en Los Ángeles. Me quedé de una pieza.

—¿Como lo sabe?

—Ella misma me lo dijo.

—¿Cuándo?

Volvió a sonreír, pero ahora lo hizo socarronamente.

—Usted es un vendedor de coches, pero parece un policía —hizo una pausa—. Millie me lo contó en esta misma habitación.

—¿Qué trabajo hizo para usted, señor Bremen? Observé cómo se hinchaba una venilla de su sien.

—Es una pregunta impertinente, pero la contestare —antes de hacerlo bebió un trago de *whisky*—. Vino a que yo le dictase unas cartas.

—¿Cuántos días estuvo?

—Una semana.

Millie había hablado con Bremen dos o tres días antes de marcharse de la calle Newark. Si había trabajado allí por espacio de una semana, significaba que había pasado tres o cuatro días en la residencia antes de esfumarse.

—¿Sólo la necesitó usted para una semana, señor Bremen?

—Se me había atrasado mucho la correspondencia y la tomé con la idea de que Millie me la pusiese al corriente. Pero ya le he dicho antes que le propuse continuase trabajando aquí. Ella alegó que no podía, porque tenía que marcharse a Los Ángeles.

—¿No le explicó por qué debía marcharse a Los Ángeles?

—No, señor Wellman —sonrió, enseñándome una dentadura blanca y bien alineada—. No soy amigo de hacer muchas preguntas a personas con quienes no tengo mucha confianza.

Si creyó que me iba a inmutar se equivocó por completo.

—¿Cómo la conoció, señor Bremen? Miró el contenido del vaso a trasluz.

—Usted se coloca en fuera de juego, señor Wellman.

—¿Si?

—Me ha dicho que sólo le interesa conocer el paradero de Millie Russell para cobrarle las cuotas de su coche. Ahora usted sabe que está en Los Ángeles.

—Todo eso es cierto.

—¿Por qué, entonces, me pregunta de qué forma la conocí? ¿Qué tiene que ver eso con su negocio particular con la señorita Russell?

Me llegó el turno de sonreír.

—A veces ocurren cosas extrañas cuando uno investiga acerca de una persona. Se siente atraído por ella cuando ni siquiera la conoce. Es lo que me está ocurriendo a mí con Millie Russell. Mucha gente me ha dicho que es una mujer muy hermosa. Quizá por ello, sin darme cuenta, hago esas preguntas que a usted la parecen impertinentes.

—Bravo —dijo con voz muy jovial—. Su explicación resulta convincente, pero me gustaría saber si es sincera.

—Suponga que lo es.

—Entonces, le diré que la conocí en el transcurso de una fiesta. No recuerdo cuál ni tampoco a la persona que nos presentó. Usted sabe cómo son esas cosas. Lo cierto es que ella y yo hablamos acerca de todo, y de esa forma yo me enteré de cuál era su profesión. Ella me dio su número de teléfono y, casualmente, días más tarde, pensé que Millie Russell era la persona más adecuada para que pusiese al día mi correspondencia.

—Es un hombre muy afortunado, señor Bremen. La señorita Russell era una mujer que no se franqueaba con nadie. Al fin he encontrado la excepción a la regla. Usted y ella hablaron de todo, y hasta Millie Russell le dijo a qué se dedicaba.

Se hizo un silencio. Sus ojos, de un color azulado, miraron

fijamente a los míos. Quizá esperaba hipnotizarme, pero no lo consiguió.

—Nunca se me han dado mal las mujeres —dijo.

—Enhorabuena.

Puso el vaso sobre la mesa ratona que había delante y se enderezó.

—¿Ha terminado ya su interrogatorio, señor Wellman?

También me puse en pie y me acerqué a la mesa para dejar mi vaso.

—Ya acabé, señor Bremen. Me tendió su mano.

—Creo que con que usted se dirija a Los Ángeles habrá solucionado su problema. No le será difícil hallar el domicilio de esa muchacha.

—No, supongo que no.

Salí del despacho y vi al criado esperándome en el vestíbulo.

—Adiós, abuelo —lo miré un instante mientras cruzaba el porche, y lo sorprendí otra vez con la nariz arrugada.

Joshua, el bravucón, estaba junto a la puerta de hierro jugueteando con la llave.

—Es una lástima que no haya pretendido engañarme —dijo.

—Otra vez tendrás más suerte.

Metió la llave en la cerradura y la hizo girar. Sin abrir el portón se volvió hacia mí diciendo:

—Aunque quizá me decida a darle un puñetazo.

—¿Por qué?

—No me gustó su figura, muchacho, y ahora sigue sin gustarme.

Miré al suelo y le disparé el puño derecho al estómago. Cuando se empezaba a vencer hacia delante le incrusté los nudillos de la zurda en el pómulo. El tipo cayó sobre un seto soltando maldiciones.

—Sí, bravucón —le dije mientras abría—. Otro día tendrás más suerte. Luego me marché.

CAPÍTULO VII

Sabía cuántas manchas había en el techo y los rombos que había dibujados en la pared. Había tenido mucho tiempo para ello. Exactamente tres días. Ése era el tiempo que llevaba encerrado en mi apartamento.

Joe, el encargado, me traía las provisiones.

Ahora eran las nueve de la mañana del cuarto día al que me entrevisté con Bremen, y fue en ese momento cuando sonó el teléfono. Me puse en pie y caminé descalzo hasta el «*living*».

—¿Sí? —dije por el teléfono.

—Oye, Max —era la voz de Susan—. El jefe quiere hablar contigo.

—Que se vaya al diablo.

—No seas estúpido y ven aquí, Max.

—No.

Colgué antes que dijese nada; pero una hora y media más tarde, limpio y recién afeitado, yo penetraba en la oficina.

Susan me recibió con una sonrisa.

—Sabía que vendrías.

—Las mujeres sabéis muchas cosas.

Llamé a la puerta y la voz de River autorizó la entrada. Me miró tras su mesa y sus labios también sonreían.

—Siéntese, Max.

Ocupé el sillón y él me alargó una caja de cigarros.

—No, gracias —dije—. Prefiero un cigarrillo.

Después de encenderlo solté un chorro de humo y pregunté:

—¿Qué es lo que quiere, River?

—Todo ha quedado solucionado.

—¿A qué se refiere?

—Ayer recibí el dinero de Millie Russell. Ya nada me podía extrañar.

—¿Desde dónde envió el dinero? —quise saber.

—Desde Los Ángeles.

—¿Cuánto?

—El dinero justo para ponerse al corriente. Miré el humo que ascendía de mi cigarrillo.

—Bueno, Max —dijo—, creo que el otro día los dos nos pasamos un poco de rosca. Lo observé sin decir nada y él siguió sonriendo mientras agregaba:

—Seguramente fueron los nervios. Siempre he dicho que todo en este mundo se puede arreglar —se frotó las manos—. Naturalmente, por mí queda zanjado.

Se hizo un silencio y luego yo dije:

—No sé si voy a volver a trabajar con usted, Adam.

—¿Cómo? Ya te he dicho que por mí no hay ningún inconveniente. Me puse en pie, diciendo:

—De todas formas, lo pensaré y ya le daré mi respuesta.

Eché a andar hacia la puerta, y detrás de mí oí su respiración agitada.

—¡Max!

Me volví con la mano en el tirador.

—¿Decía algo?

Estaba congestionado, pero logró inspirar llevando aire a sus pulmones.

—Desde ahora tienes un dos por ciento más de tus comisiones —sonrió forzadamente—. Es justo lo que tú querías.

Lo observé un rato y por último dije:

—De todas formas lo pensaré, señor River.

Empezó otra vez a ponerse rojo, pero no esperé a que pudiese hablar sino que abrí la puerta y salí.

Susan estaba junto al ventanal haciendo señales a uno de los muchachos que estaba fuera. Se volvió al oír mis pasos y dijo:

—Perteneces otra vez a la plantilla, ¿verdad, Max?

—No le di todavía mi respuesta, aunque me subió la comisión.

—¿Es que no estás bien de la cabeza? ¡Entra ahí antes de que se arrepienta y tómale la palabra!

Pero yo no corrí. Me quedé quieto observando los coches que

brillaban a la luz del sol esperando un comprador que se los llevase.

Por mi mente cruzaron un montón de ideas. Millie había pagado su cuota retrasada y estaba en Los Ángeles. Tom Gibson murió de accidente. Si todo estaba claro, ¿por qué me habían enviado aquellos dos matones? ¿Por qué alguien había suplantado la personalidad de River y entró en el departamento de Gibson y lo destrozó todo? ¿Qué era lo que buscaba ese tipo?

Sacudí la cabeza mientras me frotaba la nuca. No; no me podían convencer.

—¿Ocurre algo, Max? —Oí la voz de Susan.

—Es demasiado complicado —dije y eché a andar hacia la puerta.

—¿No podría ayudarte, Max? —preguntó.

—Me temo que no —le sonreí—. Ya nos veremos.

Eran las once y media cuando entré en el salón de billares de Luke Torrio, en el Bronx. La atmósfera estaba densa por el humo del tabaco.

Mi tipo no participaba en ningún juego. Se hallaba sentando en una silla mirando a derecha e izquierda, eligiendo su cliente… Era Salvatore Martino, el más hábil carterista de toda aquella parte de Nueva York.

—Hola, Salvatore —le saludé, deteniéndome a su lado.

Le di un buen susto, porque seguramente era así como se le presentaba la policía, pero, al reconocerme, sonrió y púsose de pie llevándose la mano al ala del sombrero.

—Caramba, si es Max Wellman. ¿Cómo le va, señor Wellman?

Le hice un guiño y me lo llevé al bar. Pedí dos *whiskies*, porque conocía la otra afición de Salvatore.

—Estoy buscando a dos hombres, Salvatore.

—Tipos que quisieron un automóvil demasiado barato —dijo riendo.

No le quise decir la verdad, porque quizá no me habría hecho el trabajo. Yo había, utilizado a Martino en múltiples ocasiones para encontrar a tipos de avería que querían pasarse de listos adquiriendo coches mediante una sola cuota.

—Dígame cómo son.

Le di la descripción de Sandy y la de Bill, los dos tipos que me habían llevado en mi propio coche a aquel callejón oscuro. Cuando

hube terminado supe que las dos figuras de los matones habían quedado grabadas a fuego en la mente de Salvatore. Hasta ahora siempre había ganado diez dólares por cada informe, pero esta vez, para darle ánimos, decidí aumentar la recompensa.

—Quince pavos por cada uno —dije—. Y puedes tomarte otro *whisky*.

Se lo tomó muy aprisa, porque quiso ponerse manos a la obra. Ni siquiera esperó a que yo saliese con él. Me pegó una palmada en el brazo y echó a correr.

El salón de Luke Torrio era su cuartel general, y era allí, por tanto, donde yo debía estar para recoger su informe.

Decidí volver al cabo de tres o cuatro horas, pero antes de salir me metí en una de las cabinas telefónicas del salón y disqué el número del abogado Harry Hichens. Dije a la telefonista que deseaba hablar con la señorita. Lands y poco después oí la voz de la joven.

—Soy Max Wellman, señorita Lands. He pensado de pronto que me encontraba muy solo y que quizá aceptaría una invitación para almorzar.

Se mostró conforme y quedamos citados para media hora más tarde en el mismo sitio donde nos conocimos.

Tuve dos atascos de tráfico y llegué cinco minutos tarde. Ella ya estaba en la mesa.

—Lo siento —dije, estrechando la mano que me tendía.

—Caramba, es usted casi guapo, pero eso no se le notaba el otro día.

—Gracias —dije, y me senté frente a ella.

Encargamos dos «Martinis» y el menú. Mientras bebíamos, a la espera del primer plato, ella dijo:

—¿Dimitió ya como detective?

—Todavía no. Estuve tres días haciendo yoga.

—Tendrá que darme lecciones. Dicen que es una excitante experiencia.

—Sí, ayuda a pensar mucho. Especialmente cuando uno tiene algún problema difícil por resolver.

—Veamos si yo también soy buena detective. Usted se está refiriendo al problema de Millie Russell.

—Sí.

—A ella la mataron o la hicieron pedazos, o quizá está encerrada en alguna parte, ¿verdad, Max?

—No sé qué puede haber sido de ella, aunque la gente que conoce su paradero ha estado muy ocupada en hacerme creer que Millie se encuentra en Los Ángeles.

—¿Y si estuviese realmente? ¿Qué impedimento ve usted en ello?

—Quizá lo hubiese creído de no ser por usted, Ethel.

—No lo entiendo.

—Es muy sencillo. Según el plan acordado, Millie Russell abandonó Nueva York hace, poco más o menos, nueve semanas, y hace un par de días envió desde allí el importe de la cuota atrasada de su automóvil —hice una pausa—. Tengo en cuenta que ella la llamó a usted hace dos semanas… Ya sé que está todo lleno de posibilidades y que Millie Russell pudo haberse ido tres meses atrás a Los Ángeles, regresar hace quince días y volver otra vez allá para enviar su dinero. Pero resulta curioso que no se haya acordado de su cuota hasta que yo me he puesto en movimiento —sacudí la cabeza—. Es demasiada coincidencia, ¿no le parece?

Permaneció pensativa un rato y, antes de que pudiera hablar, le hice un nuevo relato de toda la historia, haciendo destacar los sucesos que habían acontecido después que ella y yo sostuvimos la primera entrevista.

Cuando el mozo trajo el servicio, Ethel apartó el plato a un lado.

—¿Sabe que me está convenciendo, Max? Pero, dígame, ¿qué es lo que sospecha usted?… ¿Con qué clase de asunto pudo haberse relacionado Millie? ¿Qué tenía que ver ella con Tom Gibson aparte de que él fue quien le vendió el coche?

—A ese respecto no sé absolutamente nada. Pero si mi corazonada no falla, estamos en presencia de una confabulación. El balance es un hombre asesinado y una mujer desaparecida.

—¿Quiénes son ellos?

—Sólo conozco a dos personas que podrían dar una pista.

—Los hombres que le pegaron.

—Sí —me dispuse a comer—. Y ya estoy tras ellos.

—Oh, no, Max. Usted no puede hacer eso.

—¿Por qué no?

—Lo amenazaron de muerte.

—Esta vez no me pillarán desprevenido.

—¿Cómo puede hablar así? Esos hombres son profesionales del crimen. ¿Lleva usted pistola?

—No.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—Es mucho mejor que lo ponga en conocimiento de la Policía.

—¿Quiere que se rían de mí?

—¿Por qué? Harán una investigación y ellos estarán en mejores condiciones que usted para saber lo que ocurrió con la muerte de Tom Gibson y la desaparición de Millie.

—No, Ethel. Yo no tengo ninguna prueba. Es lo que ahora voy a buscar. Cuando haya dado con ella podré hacer mi denuncia. Ande, coma. Eso se va a enfriar.

—He perdido el apetito.

Esta vez fui yo quien comió solo. Ethel no quiso probar bocado.

—Oiga, Max —dijo—. ¿Supone usted que Millie Russell no fue quien me hizo la llamada?

La miré un rato.

—Es posible que fuese ella, y ahora contésteme, Ethel. ¿Qué ocurrió durante ese viaje que ustedes hicieron al lago Woodcliff?

—Nada.

—Eso no encaja. ¿Es que no se da cuenta? Tom Gibson fue a Park Ridge, muy cerca del lago Woodcliff y fue a su regreso cuando encontró la muerte. Usted y Millie fueron a ese lago a pasar un fin de semana y Millie desaparece; pero, justamente, cuando al cabo de dos meses ella establece contacto con usted, le hace recordar aquella excursión al lago Woodcliff… Todo gira alrededor del lago Woodcliff… Ha de haber una razón que justifique todo eso. Si la encontramos, creo que tenemos hecho la mitad del camino.

—Es que no ocurrió realmente nada. Fue una excursión de dos jóvenes que pensaron huir de la ciudad durante un par de días.

—¿En qué campamento se alojaron?

—En el «Dos Estrellas».

—¿Cuántas cabañas tiene?

—Una docena.

—¿En qué parte del lago está?

—Al norte.

—Justamente al lado de Park Ridge. Dígame, Ethel, ¿estuvieron

ustedes siempre juntas?

Lo pensó sólo un momento.

—El domingo por la tarde nos acostamos para dormir un rato. Cuando desperté, Millie no estaba en la cama. Al cabo de unos quince minutos entró en la cabaña y dijo que había estado dando una vuelta por la orilla del lago.

—¿Cuánto tiempo durmió usted?

—Unas tres horas.

—¿Se durmió usted antes que Millie?

—Sí. Mi último recuerdo es el de que ella estaba despierta.

—¿Quién de ustedes dos sugirió hacer la excursión al lago Woodcliff?

—Millie.

—Usted me dijo que entablaron amistad con algunas personas aunque no tuvo trascendencia.

—Sí.

—¿Quiénes fueron esas personas?

—Nuestros vecinos en el campamento.

—Hábleme de ellos.

—Había un tal Bill Carviel. Era un hombre de unos veintisiete o veintiocho años, bastante tímido. Estaba preparando una tesis doctoral acerca de los árboles resinosos. Era moreno, de cabeza redonda, y padecía una fuerte miopía —hizo una pausa—. Luego había un hombre obeso, muy bajito. Su nombre era Bue. No sabíamos a qué se dedicaba. Allí sólo hacía que pescar, pero siempre nos saludaba sonriente. Lo veíamos cuando él regresaba por la noche, y una vez se detuvo ante nosotras para explicarnos de qué forma había logrado capturar una buena pieza… También había un tal Spencer Dunn que decía ser agente de Bienes y Raíces en Nueva York. Tendría unos cuarenta años y era muy alto, un poco delgado, pómulos salientes, la boca era muy corta.

Sentí un escalofrío porque el tipo que estaba describiendo era el mismo del que me había hablado el encargado del edificio en que vivía Tom Gibson, justamente el hombre que se había hecho pasar por Adam River.

—¿Cómo conocieron a ese Spencer Dunn?

—Me imagino que como a todos los demás.

—No quiero que se lo imagine, Ethel. Es muy importante qué lo

recuerde y también lo es que me diga lo que él y Millie pudieron hablar.

Se tomó otra vez algún tiempo.

—Nosotras estábamos a la puerta de la cabaña. Ocurrió el sábado por la tarde. Spencer Dunn se acercó a nosotras diciendo que se le habían acabado sus cigarrillos y que en aquel momento no estaba el encargado del campamento. Yo misma le ofrecí. Fue entonces cuando él se presentó. Nos pusimos a hablar de cosas corrientes, de lo maravillosa que es la Naturaleza, y del descanso que supone librarse de vez en cuando de la ciudad. Finalmente, apareció el encargado y él fue a su encuentro. Más tarde, Dunn vino hacia nosotras e insistió mucho en regalarnos un paquete de cigarrillos. Tuvimos que aceptar su invitación y luego él se despidió. Por cierto, ahora que recuerdo, ya no lo volvimos a ver más.

Me mojé los labios con la lengua.

—Dígame, Ethel, ¿no recuerda si Millie exteriorizó alguna emoción cuando se acercó a ustedes Spencer Dunn?

—No me apercibí de nada extraño. Di un suspiro.

—Bueno, es mejor que dejemos eso.

—Antes me tiene que decir por qué ha dedicado su atención a Spencer Dunn. Le dije el porqué y luego ella murmuró:

—Naturalmente usted cree que aquel domingo por la tarde, mientras yo dormía, Millie se vio con Spencer Dunn.

—No es absolutamente necesario que ocurriese. Millie pudo ir a cualquier parte para verse con otra persona, y es posible que Spencer Dunn fuese tras ella. Es posible también que Spencer Dunn las siguiese a ustedes y que, cuando consideró su misión cumplida, abandonó el campamento.

—¿Qué misión era ésa? Sacudí la cabeza.

—Ahí está el misterio.

Hice una señal al mozo y aboné la adición. Nos pusimos en pie. Ethel dijo:

—Supongo que nada te hará cambiar de idea con respecto a echar mano a esos matones.

Yo la tuteé también.

—Ya te he dicho antes que es el único camino.

Salimos juntos del local y, ya fuera, detuve mi mano en su brazo apretándolo suavemente.

—Nos volveremos a ver muy pronto.

—Quisiera estar segura. Le sonreí.

—Ahora no podrán conmigo —acerqué mi cara y la besé en la comisura de la boca. Luego di media vuelta y eché a andar alejándome de ella.

CAPÍTULO VIII

Salvatore no estaba en el salón de billares.

Me entretuve en observar una partida por espacio de media hora. Luego me cansé y me fui al bar. Bebí un *whisky* lentamente.

De pronto me tiraron de un brazo por detrás. Era Salvatore. Sus ojos ratoniles me miraron y en su boca había una sonrisa.

—¿Y bien? —dije.

—Tengo la lengua seca.

Hice una señal al mozo y Salvatore refrescó la garganta. Encendimos cigarrillos y, finalmente, mi hombre dijo:

—Ha sido algo difícil.

—No le des más vueltas. Escúpelo de una vez.

—Sólo pude hacerme con la dirección de uno.

—¿Cuál de ellos?

—Bill.

—¿A dónde he de ir? —Lo atrapé por el brazo—. Y maldita sea, muchacho, no te entretengas más o te la ganas.

—Calle 89 Oeste, número 72, apartamento 16. Bebió el contenido de su vaso muy aprisa y agregó:

—Es un tipo peligroso… No se fíe mucho de él.

—¿Quién te informó?

—Un amigo.

Salvatore era así. Nunca descubría sus fuentes de información. Hice mi siguiente pregunta:

—¿Con quién trabaja ese Bill?

—No es un tipo que tenga un solo patrón. No se sabe.

Salí del establecimiento, encaminándome hacia la calle 89.

El número 72 era una casa descascarillada. El encargado estaba sentado en una mecedora en el pequeño vestíbulo. Era un tipo muy

gordo que sufría de asma. Lo sorprendí observando una revista en la que había muchas chicas en bañador. La escalera estaba a la izquierda y traté de pasar de largo, pero el tipo levantó el brazo deteniéndome. Le costó mucho trabajo apartar los ojos de la pelirroja, que había estado estudiando con atención.

—¿A dónde va?

—Arriba.

No le gustó mi respuesta. Me observó mientras resoplaba como una locomotora.

Antes de que pudiese hablar, saqué un billete de cinco dólares y cubrí con él las piernas de la pelirroja.

—Soy así de caballero —dije y continué mi camino.

Subí despacio y de pronto me dije que yo era un tipo que debía tener muy mal la cabeza. Me dirigía al encuentro de Bill sin llevar una sola arma encima. Pero no era momento para retroceder.

El apartamiento dieciséis estaba en el piso tercero. Era un largo corredor donde había seis puertas. A un lado de la pared estaba el teléfono del que se servían los inquilinos de aquella planta. Se me ocurrió una idea.

Oprimí el botón correspondiente a la puerta dieciséis. Crujió un somier y luego una voz que yo conocía muy bien preguntó:

—¿Quién es?

—Una llamada para usted —repuse con voz estropajosa. El tipo escupió una maldición y luego agregó:

—Está bien, ya voy.

Me aparté de la puerta arrimándome mucho a la pared.

El somier gimió otra vez y luego unos pasos se acercaron. Sonó un chirrido y la puerta se abrió.

Bill salió por el hueco encaminándose hacia el teléfono, pero sólo dio un paso y se detuvo mirándome.

Estaba en mangas de camisa y no tenía ningún arma a la vista.

Sus dedeos se crisparon sobre los muslos. Era un buen mozo y debía tener casi mi peso, pero su cerebro era muy tardo en reaccionar. Se estaba preguntando por qué estaba yo allí y no acertaba con la respuesta.

—Hola, Bill —dije.

Se humedeció los labios con la lengua y de pronto dio media vuelta y echó a correr. Yo estaba preparado para aquello y entré en

el cuarto pisándole los talones.

Se arrojó sobre una silla y lo hizo con tanta violencia que perdió el equilibrio y golpeó una rodilla contra el suelo. En aquella posición su mano tiraba de la pistola que había en la sobaquera colgando de la silla.

Le pegué con el filo de la mano en el hombro y el tipo lanzó un gemido y su brazo quedó completamente paralizado. Luego repetí el mismo golpe, pero esta vez en el cuello.

Su cara empezó a ponerse muy roja, abrió las fauces tratando de respirar, y unos cuantos sonidos guturales escaparon de su garganta. Luego se desplomó boca arriba, y tuve la impresión de que sus ojos le iban a saltar de las órbitas.

Me senté en la silla y tomé la pistola que él había dejado abandonada en la funda. Luego me volví rápidamente y cerré la puerta. Por fortuna, no habíamos hecho apenas ruido.

Bill se fue recuperando poco a poco.

Encendí un cigarrillo. La cara de Bill estaba bañada en sudor. Sus labios se estremecían y en el cuello mostraba ya un verdugón.

Fue incorporándose, pero yo le puse el pie en el pecho y descansé mi brazo sobre la rodilla.

Me miró con los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué quiere?

Le sonreí enseñándole los dientes.

—¿Tú qué crees, Bill?

—Usted tenía razón… Mi amigo y yo nos equivocamos de tipo. Comprendo que usted haya querido vengarse.

—¿De veras, Bill?

—Usted no hizo nada y un par de tipos la emprendieron a golpes con usted… Eso es lo que pasó. Sandy y yo habíamos sido contratados para convencer a otro tipo.

Le pegué con la culata del revólver en la oreja.

Trató de atraparme el pie con el que le oprimía el pecho y le pegué otro culatazo en la diestra.

Se puso a dar chillidos como un cerdo al que estuviesen degollando y le advertí:

—Calla o te juro que lo que te he hecho hasta ahora va a ser suave comparado con lo otro.

Guardó silencio, pero siguió haciendo muecas.

—¿Crees que soy un imbécil, Bill?

—He dicho la verdad.

—Por lo visto, olvidas que fue a mí a quien se le ocurrió lo de que pudiese existir un error, pero fuiste tú mismo quien me convenciste de que no había ninguna equivocación… Yo era Max Wellman, el vendedor de coches que vosotros buscabais y a quien le teníais que dar el escarmiento… ¿Te acuerdas, chico? Querías una respuesta afirmativa de que yo sólo vendería coches… Yo no podía hablar, me habíais deshecho… Era yo el hombre que buscabais y ahora he venido para saber quién fue el amigo que os dio el encargo.

El sudor le caía a torrentes por el cuello.

—Me estoy ahogando —dijo.

—¿Quién fue, Bill? —pregunté otra vez—. Dímelo y te soltaré enseguida.

—No lo sé.

Levanté la pistola para golpearle otra vez y él gritó entre jadeos:

—¡Le aseguro que es cierto, Wellman!… Es Sandy quien lo sabe.

Me agaché sobre él y lo atraje por el cabello golpeándole la cabeza contra el piso.

—Vamos, Bill, no seas niño —dije.

Se pasó la lengua por los labios mirándome con ojos de pánico.

—Le puedo jurar que es cierto… Sandy vino por mí y me dijo que teníamos un trabajo…

Dio el nombre de usted.

—Sí, y también te daría el nombre de vuestro patrón.

—Se lo pregunté a él y me dijo que era preferible que no lo supiese… Lo único que hizo fue largarme cincuenta dólares.

Lo miré fijamente, pero no logré saber si me estaba engañando. Quizá lo que quería él era ganar tiempo.

—¿Dónde está Sandy?

No contestó enseguida, y eso me puso furioso. Le abofeteé tres, cuatro veces, con todas mis fuerzas, y el tipo se echó a llorar.

—En un hotel de la calle Canl.

—¿Cómo se llama?

—«Florida».

Dediqué un par de minutos a pensar.

—Está bien, Bill. Levántate —dije, y yo me puse en pie. Me

observó desde el suelo.

—¿Es que va a ir a buscarlo?

—No. Vamos a hacer otra cosa mejor. Sandy vendrá aquí.

—No tiene que venir, Wellman. Él y yo nos vimos anoche y nos despedimos hasta mañana.

—Le vas a hacer una llamada.

—Oh, no.

—Levántate, Bill. ¿O es que quieres que te convierta en pulpa? Miró la pistola con la que le amenazaba y sacudió la cabeza.

Me aparté a un lado para que me precediese en el camino al corredor. Descolgó el auricular y marcó un número.

—Oiga, señorita —dijo—. ¿Quiere ponerme con el señor Jones, en la habitación veintidós?

Esperó mirándome y de pronto cubrió el auricular con la mano.

—¿Por qué ha de meterse en un lío, Wellman?

Empecé a sacar la pistola del bolsillo y él apartó la mano del teléfono y me hizo un gesto afirmativo.

—Hola, Sandy. Soy yo…

Me eché sobre él y le pasé el brazo por detrás del cuerpo, aplicándole la pistola en el riñón.

Apartó el auricular y de esa forma pudimos oír los dos todo lo que pudiesen decir desde el otro extremo del hilo. Una voz agria decía:

—¿Qué te pasa, Bill? Quedamos en vernos mañana. Hice presión con la pistola.

—Verás, Sandy… —habló Bill—. Tengo algo muy importante que decirte.

—Ya me lo dirás mañana.

—No puede esperar, Sandy. Es urgente.

—¿Qué infiernos te pasa?

—Es algo sobre Wellman. Hubo una pausa.

—¿Este tipo…? ¿Qué es lo que tienes que decir, Bill?

—¡Maldita sea!… ¡Ven aquí y lo sabrás!

Transcurrieron otros segundos y, finalmente, Sandy dijo:

—Está bien, Bill. Allá voy.

Luego se cortó la comunicación.

Me aparté de Bill, quien devolvió el auricular al gancho.

Le hice una seña con la pistola para que echase a andar hacia la

habitación. Entró en el cuarto y yo me quedé en el marco.

—Anda, ponte la chaqueta.

Dio la vuelta haciendo un gesto de perplejidad.

—Creí que le interesaba hablar con Sandy.

—Muchacho listo —le sonreí—. Date mucha prisa. Hemos de marcharnos de aquí. ¿O es que me has tomado por un estúpido? Si nos quedamos en este cuchitril, el gordo de la mecedora avisará a tu compinche.

Se pasó el dorso por la boca y luego se embutió la chaqueta.

Sacudí la cabeza.

—Será mejor que abandones toda idea de escapar de mi lado. Vosotros y yo hemos de caminar juntos mucho rato.

No hizo comentario alguno y me aparté para dejarle la salida libre. Yo mismo cerré la puerta y bajamos por la escalera.

El gordo estaba viendo ahora a una rubia. La baba le corría por los labios. No se percató de nuestra presencia hasta que estuvimos abajo, muy cerca de él.

Me miró, miró a la rubia y luego otra vez a mí. Quizá había pensado que yo la cubriría con mi dinero, pero la rubia hubiese necesitado un par de billetes como el de antes. Miré a Bill y le dije:

—Anda, ve hacia la pared, pero mantente alejado de la puerta.

El gordo resopló un par de veces mientras Bill obedecía. Cerró la revista que tenía en el regazo y preguntó:

—¿Qué es lo que pasa?

—No pasará nada, hermano —repuse—. Puede continuar con su diversión.

Observó la mano que yo tenía escondida en el bolsillo y arrugó el ceño, pero enseguida abrió otra vez su cuaderno y empezó a medir con los ojos las distancias de la Mansfield. El tiempo se fue desgranando lentamente.

La puerta se abrió y yo empecé a sacar la pistola, pero enseguida la volví a esconder, porque quien apareció fue un hombre de unos sesenta años, de cabello blanco y traje muy estropeado.

De pronto se asustó al ver a Bill en el rincón y se detuvo.

Nos observó a todos alternativamente y sonrió un poco a la fuerza. El gordo también lo estaba observando.

—¿Qué quieres, Otto?

El recién llegado se mordió una uña y dijo:

—Pensé que habrías terminado. El gordo levantó la revista.
—Todavía no. Ven más tarde.
Otto le echó una mirada e hizo un gesto afirmativo. Empezó a dar la vuelta, y en ese instante la puerta se abrió, y Sandy, el matón, entró en la estancia.
Yo estaba al pie de la escalera y el condenado de Otto se había detenido nuevamente, interponiéndose entre Sandy y yo.
Bill gritó desde el rincón:
—¡Cuidado, Sandy! ¡Tiene una pistola!
Pero Sandy era un elefante para moverse y yo salté como un gamo mostrando la pistola en mi diestra.
Otto vio el arma, lanzó un chillido y se desplomó en el suelo desmayado.
Sandy, viendo que no podía escapar, empezó a mover la mano hacia la sobaquera. Yo estaba muy cerca de él.
—¡Quieto, Sandy, o te abraso!
Dejó inmóvil la mano sobre el pecho, los ojos parpadeantes y las piernas ligeramente flexionadas.
—¿Qué significa esto? —preguntó.
Había ido a la misma escuela que Bill. Ellos me habían golpeado hasta dejarme agonizante y ahora, al verme, sólo se les ocurría preguntarme por qué infiernos me ponía delante de su camino. Eso debía ser algo insólito para ellos. Estaban acostumbrados a que sus víctimas les huyesen como al mismo demonio. Y yo no había hecho eso, sino que acudía a su encuentro.
Durante un rato, en el vestíbulo solo se oyó la respiración asmática del gordo.
Bill también me observaba porque quizá creía que iba a represaliarle por haber dado aviso a su compañero.
—Bien, muchachos —dije—. Ahora voy a ser yo quien os invite a un viaje.
—¿A dónde? —inquirió Sandy.
—Es una sorpresa. Pero antes te vas a dar la vuelta. Llevas demasiado peso encima. Giró obediente, sumiso, pero de sus labios brotó una amenaza.
—Se está jugando el pellejo, Wellman.
Le clavé con demasiada fuerza el cañón en la espina dorsal y se contrajo. Luego pasé la otra mano por delante y lo despojé de la

pistola, la cual guardé en un bolsillo.

Después me retiré dos pasos.

Otto volvió en sí, pero al verme con el arma en la mano puso los ojos en blanco y volvió a caer golpeando la cabeza contra el piso.

Sandy había girado hacia mí.

—Escuchad, chicos —dije—. Utilizaremos mi coche lo mismo que la otra vez. Yo iré en el asiento trasero y vosotros delante. Os advertiré una cosa: Al que intente cualquier jugarreta, le lleno el cuerpo de plomo. ¿Queda entendido?

Hicieron gestos afirmativos.

—Andando —dije—. Tú primero, Bill. Mi coche está a la derecha.

Miré por el rabillo del ojo al gordo. Había vuelto a sus mujeres de piel sonrosada. Primero saltó Bill, luego Sandy, y a continuación yo; pero los tres lo hicimos pisándonos los talones.

Escondí la pistola en el bolsillo, pero mi mano apretaba firmemente la culata.

Bill abrió la portezuela delantera y se coló dentro. Sandy fue a dar la vuelta para utilizar la otra portezuela, pero yo le dije:

—Por aquí mismo. Bill conducirá.

Antes de que Bill tuviese tiempo para pensar en poner en marcha el motor, me colé en el asiento posterior.

—Espera un momento, Bill —dije.

Los dos volvieron la cabeza. Les dediqué una sonrisa y luego me eché hacia delante y, sacando la pistola, apunté entre los dos ojos de Sandy.

—¿A dónde vamos, Sandy? —pregunté.

—No lo entiendo.

—Lo comprendes perfectamente y ésta es mi sorpresa. Tú vas a señalar nuestro destino.

Miró el negro agujero del arma y tragó saliva.

—No se atreverá a disparar. Estamos en la calle. Solté una risita sardónica.

—¿Crees que me iba a ocurrir algo? Todo lo más que harían sería darme un premio por haber quitado de en medio a un gusano como tú. Anda, Sandy, demórate un poco en dar la dirección y podremos hacer la prueba de lo que ocurrirá si te meto un plomo en la cabezota.

—Avenida Dumont —dijo muy rápidamente.

—¿Qué número?

—Ciento ochenta y seis.

—Ya lo sabes, Bill. Vamos allá, pero antes una advertencia, Sandy. Si me engañas no te dejaré otra oportunidad.

—Avenida Dumont, 186 —repitió mecánicamente.

Le hice una señal a Bill y éste puso en marcha el coche.

Llegamos a la Avenida Dumont, al sur del Atlántico, donde Brooklyn termina. Era una zona residencial. Las casas estaban rodeadas por jardines defendidos por altos muros e historiadas puertas de hierro.

Mucho antes de llegar al 186, a la altura del 160, ordené:

—Arrima el coche al bordillo, Bill.

—Todavía no hemos llegado —dijo Sandy.

—Ahora soy el jefe… Obedece, Bill. Y no os mováis hasta que yo lo diga.

Se apartó de la vereda y frenó junto al bordillo. Di un suspiro y me puse a mirar por la ventanilla. La avenida estaba desierta.

—Está bien, chicos. Fuera. Pero los dos por el mismo sitio. Tú primero, Sandy. Le tomé un poco de ventaja para que no intentase nada.

Sandy se estiró la chaqueta mientras Bill salía a sus espaldas. Eché otro vistazo hacia delante. Seguía sin ver a nadie.

Sandy se echó a reír.

—Es usted un tipo con agallas, Wellman. Palabra que es así.

No pensaba lo que decía. Me tomaba por un estúpido. Yo mismo me metía en la ratonera. Naturalmente, contaba con que en la casa a la que nos dirigíamos me ajustarían las cuentas, pero no hice ningún comentario. No estaba allí para perder el tiempo.

—Caminaréis delante de mí y hacedlo con naturalidad. Os va la vida en ello. Tenedla presente.

Cambiaron una mirada, y luego se pusieron a andar uno al lado del otro, y yo fui tras ellos con mis manos sujetando las pistolas que escondía en los bolsillos.

Dejamos atrás cuatro números.

Entre el 178 y el 180 había una calle que desembocaba en la Avenida.

De pronto, por aquélla, salió un coche cuando nos

encontrábamos a unas veinte yardas de nuestro destino. Era un coche negro, y los neumáticos chirriaron cuando dio la vuelta hacia nosotros.

Rápidamente ganó en velocidad.

Me imaginé lo que iba a ocurrir. El coche estaba ya a nuestra altura. Vi una pequeña zanja a la derecha por la que corría un hilillo de agua.

Sandy y Bill se habían detenido.

Me arrojé a la zanja en el momento en que una metralleta empezó a escupir plomo. Sentí pasar las balas por encima de mi cabeza y el aire se llenó de chillidos, y yo, finalmente, golpeé contra el agua y la piedra.

CAPÍTULO IX

El ruido del motor del coche se perdió a lo lejos.

Estaba tendido de bruces, con la cara metida en el agua. Estaba todo dolorido y pensé que me habrían mordido un enjambre de balas. Pero moví un brazo y luego una pierna y me dije que todo mi dolor procedía de los verdugones que me habían hecho Bill y Sandy.

Me puse de rodillas con una pistola en la mano y miré hacia el camino que había seguido el coche negro. No se veía de él ni rastro.

Alguien gritó a lo lejos, desde el número 176 ó 178. Terminé de ponerme de pie y miré los dos cuerpos que había sobre la acera. Me acerqué a ellos.

Sandy estaba boca arriba, con los ojos muy abiertos fijos en el cielo. Por la comisura de los labios le corría un hilillo de sangre. En su pecho había cinco agujeros.

Bill no había tenido mejor suerte. Se hallaba tendido de bruces, y por su nuca le salía la masa encefálica.

Otra vez se repitió el grito y oí que alguien corría. Ahora estaba seguro de que todo el ruido procedía del número 176.

Me moví muy aprisa y gané la transversal por donde había aparecido el coche.

A la derecha un alto muro que correspondía al 180, la casa adonde habían querido llevarme los dos matones.

Me detuve un par de veces buscando un sitio por donde saltar, pero la pared era demasiado alta y no había ningún árbol cerca.

Di la vuelta a la casa y encontré una pequeña puerta de madera. Forcejeé para abrirla, pero estaba cerrada con llave. Me eché atrás y cargué con el hombro.

La puerta resistió al primer embate.

Probé otra vez, y ahora la hoja saltó y yo me fui hacia dentro, cayendo al suelo.

Me puse de rodillas muy aprisa moviendo la pistola a un lado y a otro en busca de un enemigo.

Me encontraba en un patio donde no había nadie. Al fondo estaba la parte trasera de la casa. Allí nacía una pequeña escalera que conducía a otra puerta.

A ambos lado de la casa se extendían grandes extensiones de jardín muy mal cuidado, donde la hierba crecía salvajemente.

Subí por la escalera muy despacio y, al llegar a la puerta, puse la mano en el tirador. Esta vez pude entrar sin necesidad de utilizar la fuerza.

Me encontré en una cocina donde tampoco me esperaba nadie, pero sobre una mesa había unas cuantas latas de cerveza y unos vasos que parecían haber sido utilizados recientemente, a juzgar por el líquido que contenía.

Me interné por un corredor. A la izquierda había dos habitaciones cuyas puertas aparecían cerradas. Me arrimé a la pared y abrí la primera.

El interior estaba muy oscuro.

Di la vuelta al conmutador de la luz.

Me asomé poco a poco esperando oír un estampido, pero éste no se produjo.

Vi una cama deshecha, una silla y un armario. Seguí mi camino y abrí la segunda habitación con la misma precaución que antes. Era otro dormitorio y también había sido ocupado.

Llegué al vestíbulo de la casa.

Mis pasos resonaron, produciendo un extraño eco. No, allí no había nadie. La casa estaba abandonada. Los tipos sabían que yo iba a ir allí y se prepararon para recibirme.

Bill y Sandy estaban muertos, y yo debía haber seguido su suerte, pero me había podido librar milagrosamente por espacio de un segundo.

Ahora, sin tomar precauciones, abrí la puerta que había enfrente.

Vi una biblioteca, y como ya había presumido, yo era la única persona que había allí. A lo lejos oí el aullido de una sirena.

En las paredes no había ningún cuadro, ninguna fotografía. Abrí

los cajones de la mesa de la biblioteca, pero estaban vacíos.

Subí la gran escalera central que conducía al piso de arriba y abrí la primera puerta que encontré en mi camino. A juzgar por el polvo que había en el suelo, aquella estancia no había sido utilizada en mucho tiempo. Los muebles estaban enfundados.

La sirena policíaca aulló más cerca.

Decidí no demorarme más. Retrocedí muy aprisa y poco después salía por el mismo sitio que había entrado.

Seguí caminando por detrás de las casas y salí a la Avenida Dumont por la siguiente calle a la que había tomado antes.

A lo lejos vi la aglomeración de curiosos y los coches de la policía. El mío estaba a unas veinte yardas.

Me acerqué rápidamente sin que nadie reparase en mí, me colé dentro y escapé de aquel lugar como alma perseguida por el diablo.

Joe, el encargado, observó mi sucio traje rascándose junto a la oreja.

—Oiga, señor Wellman —dijo—. ¿Qué le pasa últimamente?

Le pegué una palmada en el brazo mientras caminaba hacia el ascensor.

—Las mujeres, Joe, las mujeres…

Una vez en mi cuarto disqué el número de una sección del Ayuntamiento. Allá trabajaba un amigo, Frank Woolrich. Por fin oí su voz y me di a conocer.

Se mostró encantado.

—Oye, Frank —dije—. Necesito un dato urgentemente.

—¿De qué se trata?

—Necesito saber quién es el dueño del 180 de la Avenida Dumont, más allá del Brooklyn.

—Muy bien. ¿Estás en tu apartamento?

—Sí.

—Cuelga y yo te llamaré.

Dejé el auricular en la horquilla y me desvestí.

Me di una ducha caliente y otra fría y de pronto se puso a sonar el teléfono. Atrapé una toalla y eché a correr, dejando tras mí un reguero de agua.

—¿Sí? —dije.

—Ya lo tengo, muchacho —oí la voz de Frank.

—¿Quién es? —pregunté.

—Un tal Serge Bremen. Vive en…

—Sé dónde encontrarlo. Gracias, muchacho. Ya iré a verte un día de éstos.

Colgué y me quedé pensativo. El círculo se estrechaba cada vez más. Tom Gibson y Millie Russell habían quedado unidos definitivamente, no por el hecho de que entre ellos hubiese mediado una operación mercantil, eso podía ser secundario, sino por el lago Woodcliff y Park Ridge. Y entre ambos había un vínculo representado por Spencer Dunn *el* tipo que había visto a Millie en el campamento del lago y que más tarde se presentó en el apartamento de Gibson para hacer el destrozo en busca de cualquier cosa. Millie había trabajado con Serge Bremen y éste resultaba ser el dueño de la casa de la Avenida Dumont adonde me conducían Bill y Sandy.

«Muy bien, Max… Eres un tipo estupendo. Todos esos fulanos quedan relacionados entre sí, pero ¿qué es lo que les ha impulsado a moverse y cuál es el lugar que ocupa cada uno en el cuadro?».

Sentí un estremecimiento y me di cuenta de que estaba desnudo en el cuarto y de que mi cuerpo continuaba mojado.

Me froté vigorosamente con la toalla y, cuando estuve seco, me coloqué un traje gris y luego llené los bolsillos de la chaqueta con las pistolas que habían pertenecido a Bill y a Sandy.

Ya había perdido demasiado tiempo en mi apartamento. Ahora tenía la impresión de que aquella gentuza no descansaría hasta haberme borrado de la superficie de la tierra.

Eché a andar hacia la puerta y de pronto sonó el zumbador. Quedé por un momento electrizado y luego me apoderé de una de las armas, la más grande y negra.

Ya estaban allí mis verdugos.

Otra vez sonó el timbre. Tenían prisa los malditos. Me arrimé a la pared y di vuelta a la llave.

La puerta se abrió de golpe y salté hacia el hueco listo para disparar. De la boca de Susan escapó un grito.

—¡Max!

Cerré los ojos y los abrí.

—¡Muchacha! ¿Por qué no dijiste que eras tú?

—No me lo preguntaste.

La atraje hacia dentro y asomé la cabeza por el corredor. Estaba

desierto.

Me metí en el cuarto y cerré otra vez con llave, volviéndome hacia la muchacha.

—¿Qué te pasa, Susan? ¿Te dio vacaciones el jefe?

—Lo convencí para que me concediese una hora.

—¿Qué le tuviste que decir? ¿Acaso que se te murió tu madre?

—Tenía hora en el dentista.

—Y sólo lo hiciste por verme a mí.

—Primero me he cansado de telefonear y al fin decidí venir para dejar un recado a Joe.

Pero él me dijo que estabas ya aquí.

—Bueno, ¿qué es ese mensaje?

—Encontré algo en mi mesa que no me pertenece.

—¿Qué es?

—Una papeleta de empeño. Le sonreí.

—A veces estoy corto de dinero, pero esa papeleta tampoco es mía. No empeñé nada desde hace un año.

—Ya sé que no es tuya. Detrás está escrito el nombre de Tom Gibson.

—A ver, dame eso, muchacha.

Abrió el bolso y extrajo un pequeño papel azul, que atrapé rápidamente.

La casa de empeño se llamaba McNally y estaba ubicada en la calle Essex, número 64. Efectivamente, en el reverso estaba el nombre de Tom Gibson. Era su propia letra.

Miré a Susan.

—¿En qué lugar de tu casa lo encontraste?

—En el tercer cajón de abajo, el que dedico a objetos personales. Y me pareció muy raro que estuviese allí. Hay una sola llave y la tengo yo.

Sacudí la cabeza.

—Eso quiere decir que Tom metió este delgado papel por la ranura. Apuesto a que lo encontraste arriba.

—Sí, Max. Lo vi en cuanto abrí el cajón.

—Y supongo que es la primera vez que lo has hecho desde que murió Tom Gibson.

—Me imagino que es así.

Me puse a reír con tantas ganas que tuve que dejarme caer en un

sillón.

—¿Qué te pasa, Max? —preguntó Susan. Le mostré la papeleta de empeño.

—Ésta es la solución a muchas cosas, Susan —de pronto dejó de reír—. Oye, ¿por qué has pensado en mí para traerme esto?

—Están ocurriendo cosas extrañas en la oficina —hizo una pausa para humedecerse los labios con la lengua.

Me puse otra vez en pie.

—¿Qué son esas cosas extrañas, Susan?

—Ayer vinieron dos hombres. Fui a preguntarles qué deseaban, pero el señor River apareció en la puerta y, muy sonriente, les invitó a que pasasen a su despacho. Estuvieron hablando un rato y luego salieron y se acercaron a la mesa de Tom Gibson. Uno de ellos sacó un llavero y se puso a abrir los cajones. El señor River me dijo muy sonriente que aquellos hombres eran de la policía y que habían traído un mandamiento judicial para registrar la mesa de Gibson.

Sentí que se me revolvían las tripas. Susan continuó después de inspirar profundamente:

—Por la cara que pusieron, me di cuenta de que aquellos hombres, fueran lo que fueran, no habían encontrado lo que buscaban. Entraron otra vez en el despacho de River y al cabo de unos minutos se marcharon. En seguida el señor River me llamó a su presencia. Me dijo que por una norma de discreción yo debía silenciar lo que había presenciado. Y luego añadió que había pensado admitirte de nuevo.

—Ese viejo zorro sabe jugar bien sus naipes.

—No te quise decir nada esta mañana con respecto a la visita de aquellos hombres porque se había recibido el dinero de Millie Russell y tú formabas parte otra vez del personal del negocio. Al fin y al cabo, me dije que River podía haber dicho la verdad respecto a la identidad de sus visitantes.

—No es preciso que te excuses.

—Todavía no he terminado, Max. River sabe en estos momentos lo que yo encontré en el cajón de mi mesa.

Miré una vez más el papel azul.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Casualmente salió de su despacho cuando yo lo encontré. Observó mi cara de asombro y preguntó qué era lo que yo tenía en

la mano. Confieso que no sirvo para engañar a nadie. Escondí la papeleta a mi espalda y le dije que no tenía importancia. Él sonrió y volvió a meterse en su despacho.

—Ya, y supongo que oíste poco después el teléfono.

—Sí, hizo una llamada.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Poco más o menos una hora.

—Y fue entonces cuando tú inventaste esa historia de la visita al dentista.

—Si, Max.

Guardé la papeleta en el bolsillo del pantalón y me puse a examinar mis pistolas. Susan me observó perpleja.

—¿Qué es lo que va a pasar, Max?

Me acerqué a ella y la besé suavemente en la boca.

—Nada, princesa. Simplemente que unos hijos de perra van a recibir su ración.

Abrí la puerta y presté atención a todos los ruidos. Primero asomé el hocico de mi pistola y luego la cabeza. El corredor seguía libre.

Apreté la muñeca de Susan y tiré de ella.

Salimos los dos fuera y le dije con voz muy suave:

—Primero saldré yo y luego tú. Si oyes un estampido, corre por la escalera arriba. Y no bajes hasta que haya acabado todo.

—Oh, Max… ¿Crees que te van a matar?

—Ya lo han intentado, pero no lo han conseguido —le sonreí—. ¿Por qué van a hacerlo ahora?

Se arrimó a mí. Me puso una mano en la nuca y su boca selló la mía. Bajé muy aprisa.

—¡Max! —me llamó.

Me detuve para mirarla y ella murmuró:

—Ten cuidado. Y a propósito. Me comunicaron la sentencia de divorcio. Le guiñé un ojo sonriendo y continué mi camino.

Joe estaba apoyado junto a su puerta con los brazos cruzados y me miró con la boca abierta.

—Oiga —dijo—. ¿Es ésa la de los siete hermanos?

—No. Ésta es su prima.

No esperé a observar su reacción, sino que abrí la puerta de la calle y salí fuera.

Esperé oír un tableteo y que una ráfaga de plomo me partiese en dos; pero eso no ocurrió. La gente iba y venía por la calle pacíficamente y los coches se deslizaban a una prudencial velocidad por la calzada.

La vida era hermosa.

Me metí en el coche y lo aparté del cordón, dirigiéndolo hacia el Bowery mientras silbaba una canción.

CAPÍTULO X

Empujé la puerta y se produjo un campanilleo.

El negocio no ofrecía mejor ni peor aspecto que cualquiera de su clase. Todo estaba lleno de cachivaches.

Detrás de un corto mostrador había un tipo que se cubría con una chaqueta de pana y unos manguitos. Tenía la cabeza calva salvo una cresta de cabello que le crecía alborotadamente justo en el centro del cráneo. Defendía sus ojos con unos lentes de cristal no muy grueso que cabalgaban muy abajo de su nariz.

—Buenas tardes —lo saludé.

Escupió un gruñido intraducible y yo le puse delante la papeleta azul que había pertenecido a Tom Gibson.

El tipo la atrapó y, después de observarla, abrió un grueso libro de folios muy sucios.

Cuando encontró el asiento correspondiente dijo:

—Son siete dólares y cincuenta centavos.

Se volvió hacia un armario que había en la pared con muchos cajones y tiró de uno.

Sentí la garganta reseca. Estaba a punto de encontrar la respuesta a todas mis preguntas.

McNally se volvió con una caja de madera, la cual destapó. Quedé perplejo al ver en su interior una pipa.

—Bueno —oí que decía—, ¿es que no la va a coger?

—Sí, claro.

Saqué la pipa de la caja y me puse a observarla.

—Bonita, ¿eh? —dijo mirando la cazoleta, pero allí no había nada. La sacudí y no sentí ningún mido.

—¿Qué es lo que espera? ¿Qué toque música? —dijo McNally.

—Bueno, no es mía, ¿sabe? Le compré la papeleta al tipo que la

empeñó y yo creí que sería más importante. Me hizo pagar tres dólares y con los siete cincuenta que le he dado a usted es casi una fortuna.

—Yo le doy once dólares si me la vende.

—¿Por qué va a pagar once dólares por una pipa como ésta? Las hay a docenas en cualquier establecimiento de esta misma calle.

—Sí, muchacho. Las hay a docenas, pero ninguna tiene la antigüedad de la suya.

—¿Acaso fumó Confucio en ella?

—No. Pertenece al siglo XIV y fue hecha en Turquía.

—¿Cómo lo sabe? —dije mientras palpaba la pipa por todos lados.

—No encontrará ningún resorte si es eso lo que pretende y, en cuanto a su antigüedad, sólo podemos saberlo los entendidos —hizo una mueca—. Y usted no me parece uno de ellos.

La puse en alto y la observé fijamente. Malditos fuesen todos. No era posible que hubiese un enjambre de fulanos en danza por la posesión de aquella pipa.

—Oiga, amigo —dije—, estoy seguro de que usted se ha equivocado.

—Puede preguntarlo en la casa de enfrente y le contestarán lo mismo que yo.

—No dudo de sus conocimientos, señor McNally. Me refiero a que esta pipa no debe corresponder a la papeleta que le he entregado antes.

McNally soltó otro gruñido. Alcanzó la papeleta y le dio vuelta a la caja donde había estado cerrada la pipa.

Efectivamente, la caja se hallaba marcada con el número 97, el mismo de la papeleta. Bueno, estaba claro, y también lo estaba que todo aquello había acabado en un fracaso.

Pero de pronto me dije que yo no sabía qué era lo que buscaba aquella gente. ¿Y si entre aquella madera Tom Gibson había dejado algún mensaje microscópico?

Me guardé la pipa en el bolsillo.

—Gracias —dije y fui a volverme, pero de pronto me detuve, recordando lo que Susan me había dicho acerca de Adam River—. Oiga, McNally, ¿tiene algo para venderme?

—¿Qué es lo que quiere?

Miré hacia la estantería donde descansaban muchos relojes, todos ellos parados. Había uno muy historiado, cuyo dibujo representaba a un sátiro persiguiendo a una mujer desnuda que, a juzgar por la sonrisa beatífica que iluminaba su cara y por la poca prisa que se daba en correr, estaba muy deseosa de ser atrapada.

—¿Qué vale eso?

McNally miró el reloj e hizo una mueca.

—Veinticuatro dólares.

—No le he pedido precio por su alma.

—Es un «Georgetti» de 1565. Ha dado muchas horas.

—Sí, y por lo visto ya se ha cansado.

Lo atrapé y tuve que apoyar el codo en el mostrador para que no se me cayese.

—¿Ese Georgetti era plomero?

—No, señor. Sólo se dedicaba a fabricar relojes. Y fue famoso en todo el mundo.

Yo sólo había conocido a un Georgetti, el delantero centro del equipo de fútbol de Rapid City, Iowa, pero no se lo dije.

—Diez —le concedí.

—Veintitrés.

—Doce.

—Veintidós.

Metí la mano en el bolsillo y saqué tres billetes de a cinco dólares.

—Ahí tiene todo lo que tengo, pero no le diga a nadie que me estafó. Hizo otra mueca, mas, finalmente, guardó el dinero.

—Se lleva una auténtica joya —dijo.

—Espero que me sirva de arma defensiva.

No me entendió pero yo no tenía ningún interés en explicárselo. Puse el reloj sobre el mostrador y di un respiro como si lo que acababa de transportar fuese un cañón.

—¿Quiere envolvérmelo y asegurarlo con un par de cuerdas?

Mientras él hacía su trabajo, saqué el paquete de cigarrillos. Sólo me quedaba uno. Lo encendí y arrojé al suelo el envoltorio.

—Bien —dijo McNally—, ya se lo puede llevar.

Metí otra vez la mano en el bolsillo y saqué un billete de cinco dólares, que le puse encima del mostrador. McNally me miró con las cejas fruncidas.

—Me gusta el dinero, pero no le voy a cobrar nada por el paquete.

—No le pago por el paquete, sino por un servicio especial. Si alguien viene preguntando qué es lo que me llevé a cambio de la papeleta, usted dirá que fue el reloj.

Sus ojos parpadearon tras los cristales.

—¿Sólo eso?

—Eso es todo, amigo. Atrapó el billete.

—De acuerdo, señor —dijo—. Puede estar tranquilo.

Alcancé mi paquete y me lo puse sobre el pecho. Como McNally no se movió, tuve que utilizar el pie para abrir la puerta.

Eché a andar por la acera hacia el callejón donde había dejado estacionado mi coche.

El cielo se había cubierto de nubes y ahora la oscuridad se iba adueñando rápidamente de la ciudad.

Torcí por el callejón y me acerqué a mi coche. En esto una voz a mis espaldas dijo:

—¿Podemos ayudarle, míster?

Yo estaba sosteniendo con una mano el reloj y tenía apoyada la otra en el tirador de la portezuela. Dejaría caer el «Georgetti», porque por mí se podía ir al infierno, y quizá me quedaría tiempo para sacar una de mis pistolas.

Pero ya los tipos estaban encima de mí. Sabía que eran dos, porque oí sus pasos. Volví la cara sonriendo.

—No, gracias —dije—. Pueda arreglarme solo.

El tipo a quien yo miraba era muy alto. Tenía la cara más seria que yo había visto en mi vida. Su nariz era ganchuda y el extremo casi tocaba el labio superior.

—Todavía no hicimos nuestra buena acción de hoy —dijo—. Ha sido una suerte que nos hayamos encontrado con usted, ¿verdad, Roger?

Miré a Roger. Era de talla más baja que su compañero, pero su cara me gustó menos que la del otro. Tenía ojos de rana y su nariz exhibía un profundo corte en el puente. La cicatriz había cerrado mal y se le veía un trozo de hueso.

—Seguro, Clinton… Y no podemos fallar nuestra oportunidad.

Clinton alargó la mano y apartó la mía de la portezuela. Luego abrió y dijo con una sonrisa:

—Pase, compañero.

Bueno, yo contaba con una ventaja y la iba a aprovechar bien. Me metería en el asiento al tiempo de soltar el reloj y luego atraparía una de las pistolas y me volvería hacia ellos. Era el mejor modo de darles las gracias por su buena acción.

—Son ustedes muy amables —dije con mi mejor sonrisa.

Me agaché para colarme por el hueco y en esto uno de los bastardos me tiró de los fondillos del pantalón y el otro metió las manos en los bolsillos y en un instante me encontré con que ya no tenía ninguna pistola.

Luego el tipo que me agarraba por detrás me pegó un empujón y caí sobre el asiento delantero y el «Georgetti» se fue al suelo.

Me revolví soltando una retahíla de imprecaciones y vi a Roger «Nariz Partida» mostrándome una pistola en cada mano.

—Caramba —dijo—. Es usted un tipo de categoría.

—Las acabo de desempeñar. Eran recuerdo de familia.

—Muy gracioso. ¿Lo oyes, Clinton? Eran recuerdo de familia… Pobres Bul y Sandy.

—¡Cállate y entra! —rezongó Clinton.

Salimos del callejón y después de dar una vuelta entre la calle Delaney y Allen, corrimos por la calle Canal en dirección al río. Pasamos a la otra orilla siguiendo el túnel «Holland», y de esta forma nos encontramos en Jersey City.

Luego el coche subió por la calle Henderson y desembocamos en Hoboken. Nos alejamos del centro comercial siguiendo la avenida Paterson.

Clinton condujo el coche fuera del asfalto por un camino de muchos baches. Ahora a derecha e izquierda sólo había terrenos baldíos. Trazó muchas vueltas y finalmente fuimos a parar a la parte trasera de una casa. El coche frenó bruscamente.

Roger abrió la portezuela y salió de espaldas sin dejar de apuntarme con la pistola.

—Anda, ovejita, toma ese paquete y sal fuera.

Alcancé el «Georgetti» y salí al exterior. Clinton lo hizo por el otro lado.

En la pared había una puerta que estaba abierta y en el hueco vi a un tipo que vestía de negro y que me estaba observando.

—¿Es éste el muchacho? —preguntó.

—Sí, Chariton —asintió Roger—. Éste es el fulano que ha querido pasarse de listo. Chariton me miró de pies a cabeza y se puso a pellizcarse el mentón.

—Está bien —dijo—. Traedlo acá.

Roger me hizo una señal con la pistola y yo eché a andar entre él y Clinton. El de luto nos precedía.

Pasamos a la casa y seguimos por un corredor que nos condujo a un gran vestíbulo. Yo había estado allí una vez.

Nuestro guía abrió una puerta y me hizo una señal con la mano invitándome a pasar. Así lo hice, pero todos ellos vinieron tras de mí.

Serge Bremen estaba sentado en un sillón con un vaso de *whisky* en la mano. Me vio llegar y sus labios sonrieron.

—Celebro verle de nuevo, señor Wellman —dijo.

CAPÍTULO XI

Bremen se puso en pie y quedóse mirando el paquete que yo tenía en los brazos.

—Nos ha costado mucho conseguir eso, señor Wellman. Decidí hacer un poco de drama.

—Este objeto me pertenece.

—Oh, no, señor Wellman. Está en un error. Eso no es de usted. Era propiedad de Tom Gibson y ahora Tom Gibson está muerto.

—Ustedes le asesinaron.

—¿Se va a convertir ahora en nuestro fiscal? —sonrió Bremen—. Vamos, hombre, no sea usted así. Todos sabemos que Tom Gibson era un tipo desagradable. No tenía un solo amigo. Nos informamos bien —me señaló con el dedo—. Apuesto a que usted mismo lo quería ver bajo tierra.

—No, señor Bremen. Es posible que él y yo no congeniásemos, pero tampoco lo deseaba ver muerto —hice una pausa—. Y volviendo a esta antigüedad que tengo en las manos, no es de usted ni mía.

—¿De veras? ¿De quién es?

—De una muchacha a la que Tom Gibson nombró tácitamente su heredera.

—Sí, ya lo sé. Es esa rubia compañera suya. ¿Cómo se llama…? Oh, sí, Susan.

—Tom Gibson le dio la papeleta de empeño, de modo que el reloj es suyo.

—¿Así que es un reloj…? Ahora resulta que Tom Gibson era un tipo con mucha imaginación —se echó a reír, estremeciendo los hombros.

—Bueno —dije—, me habían dicho que los coleccionistas de

antigüedades eran tipos chiflados, pero nunca pude imaginar que llegasen a contratar a matones y a cometer asesinatos por lograr una pieza para su colección.

Rió con más fuerza y contagió a Chariton. Los últimos en unirse al jolgorio general fueron Clinton y Roger.

Bremen sacó un pañuelo y enjugó las lágrimas que le brotaban de los ojos.

—Sí, señor Wellman. Yo soy un coleccionista de antigüedades y ese reloj me interesa mucho.

—Supongo que no puedo oponerme a que usted entre en posesión de él.

—Es una suposición muy sensata.

Sacudí la cabeza y, volviéndome hacia Chariton, le arrojé el reloj al aire.

El tipo tuvo que andar muy listo para evitar que el «Georgetti» cayese al suelo. El pesado reloj estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio y soltó un aullido de dolor, porque recibió un buen golpe en los brazos al tratar de sostenerlo.

Luego me enfrenté otra vez con Bremen.

—Usted gana, amigo —dije—. Espero no volverle a ver más en mi vida.

Di media vuelta y me encaminé hacia la puerta, pero Roger saltó, interceptándome el camino, y su pistola me apuntó el estómago.

Volví la cabeza.

—¿Quiere decirle a este mono amaestrado que se aparte de mi camino, señor Bremen?

Bremen se pellizcó el labio inferior mientras sonreía.

—Usted se ha convertido en un tipo peligroso.

—¿Para quién?

—Para mí, naturalmente.

Traté de sonreír, y no me salió mal la cosa.

—Le comprendo a usted, señor Bremen. Teme que vaya a la policía con la historia de la de Tom Gibson.

—Si, eso es.

—No tiene que preocuparse.

—¿Usted cree?

—Yo no tengo ninguna prueba de que ustedes hiciesen lo que

hicieron. Para los de la policía del Estado la cosa fue un accidente y ya sabe cómo son ellos. Si yo ahora les dijese que la muerte de Gibson fue intencionada, me encerrarían por loco.

Se hizo un silencio en la estancia. Bremen seguía observándome atentamente.

—Es muy posible que no le hiciesen caso —aceptó— y hasta que lo tomasen por un tipo chiflado… Pero usted se va a quedar aquí.

—Eso sería complicar las cosas, señor Bremen.

—Yo no opino así. Además, he de echar un vistazo a ese reloj que ha traído y es posible que usted tenga que ayudarme.

—Me temo que no le pueda prestar ninguna ayuda, señor Bremen. No entiendo de relojes ni de antigüedades.

Bremen bebió un trago de *whisky* de su vaso y luego dijo:

—Conduce al señor Wellman a su aposento, Clinton.

Cruzamos un corredor y Clinton abrió una pesada puerta de hierro. Por el hueco llegó un vaho de humedad.

—Eh, ¿a dónde me llevan, muchachos? —dije—. ¿Es que no han oído al señor Bremen? Han de tratarme bien.

Clinton hizo una mueca feroz.

—Claro que sí. Te vamos a tratar muy bien. Tú te mereces lo mejor, chico.

Dio la vuelta al conmutador de la luz y vi una escalera de piedra. Era evidente que conducía a un sótano.

Para animarme a proseguir el camino, el bastardo de Roger me golpeó con el cañón de la pistola en el codo. El dolor me estremeció de la cabeza a los pies y mis dientes rechinaron.

—Adelante, chico.

Descendí por la escalera y los dos hijos de perra vinieron tras mí.

Abajo, una lámpara que pendía del techo, arrojaba un círculo de luz al centro de la estancia.

El suelo era de piedra, lo mismo que las paredes. Contra una de éstas había muchos cajones y un montón de paja.

Me quité la chaqueta y tanteé el bolsillo en que tenía la pipa. Lo doblé cuidadosamente y lo puse en el suelo junto a la pared para utilizarlo como almohada. Luego me tendí y me puse cara al muro. Estaba muy cansado y empecé a amodorrarme.

De pronto oí que la puerta de arriba se abría y luego dos

personas empezaron a bajar por la escalera. Mis sentidos se pusieron alerta.

—¿Está dormido? —preguntó Bremen.

—Creo que sí —respondió Clinton.

—Despertadle con cuidado.

Clinton obedeció, propinándome un puntapié en el riñón.

Salté en el suelo, quedando sentado, y mi boca escupió una maldición. Me restregué los ojos y finalmente me quedó mirando a Bremen. Ahora su cara era muy seria.

—Hemos estado registrando el reloj pulgada por pulgada y no hemos encontrado lo que nos interesa.

Fruncí el entrecejo como si me estuviese hablando en alemán.

—No sé a qué se refiere, Bremen.

—¿Dónde está lo que había en el reloj?

—Si se refiere a la pintura de la ninfa y el fauno, le juro que en esa escena no había otra persona.

—Déjese de tonterías, Wellman. Le voy a recordar una cosa. Está jugando con su vida.

—Hace un rato me di cuenta de ello, Bremen, pero le aseguro que no le comprendo. Sus muchachos me sorprendieron cuando salí de la casa de empeños de McNally. Yo fui allí a recuperar esa pieza de museo de Tom Gibson y usted ahora se ha apropiado de ella.

¿Qué quiere más?

Aproveché la pausa para mirar al hombre que había un poco más allá de Bremen. Andaba por los cincuenta años y era de grueso abdomen y cara abultada.

Sus ojos casi desaparecían rodeados por bolsas de carne. Bremen giró ahora hacia Clinton.

—¿Dónde lo detuvisteis?

—En un callejón que hay al lado de la casa de empeños. Wellman había estacionado allí su coche.

—¿Lo esperasteis junto al coche?

—No. Lo seguimos hasta allí y cuando desembarcó fuimos tras sus pasos. No quisimos fiarnos de él. Cuando se metió en el negocio de McNally, nosotros pasamos a la acera de enfrente y nos quedamos junto a un escaparate. Desde allí podíamos ver de vez en cuando la cabeza de Wellman.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Unos quince minutos.

—¿Quince minutos para desempeñar la pieza? Fui yo el que hablé ahora:

—McNally me estuvo explicando algo relativo al reloj. Me dijo que era un «Georgetti» del siglo XIV y me contó otras cosas. Yo no entiendo nada de eso y encontré extraño que Tom Gibson fuese aficionado a las antigüedades.



—Su pistola me apuntó al estómago

Bremen entrecerró los ojos.

—¿Fue directamente del negocio de McNally hasta su coche?

—Desde luego —respondió Clinton—. No se entretuvo ni un solo segundo. Nosotros fuimos detrás y lo sorprendimos cuando iba a entrar en el coche.

—¿Estáis seguros de que no se encontró a nadie en el camino?

—Lo vigilamos bien, señor Bremen. Roger y yo podemos, responderle de que nadie se acercó a él.

Bremen se rascó una mejilla.

—Registradlo de la cabeza a los pies. Empiece a desnudarse, Wellman.

—Oiga, ¿es que quiere que coja una pulmonía? Roger vino hacia mí con su pistola en la mano.

—Vamos, chico, sé obediente si no quieres ganártela antes de tiempo.

—Está bien, pero no me toques —dije.

Bremen y el hombre obeso se retiraron púdicamente al otro extremo de la mazmorra. Empecé a desnudarme y, conforme iba soltando prendas, se las entregaba a Clinton, el cual las palpaba minuciosamente.

Cuando le llagó el turno al pantalón rasgó las costuras.

—Eh, ¿qué haces, maldito? —chillé.

No debí haber protestado. Roger me golpeó otra vez con la pistola en el hombro y lo hizo con tanta fuerza, que me desplomé en el suelo. Por unos instantes creí que me había roto la clavícula. Cerré los ojos y apreté la boca y allá estuve un rato casi sin moverme porque el dolor no me dejaba respirar.

—¡Todos fuera! —exclamó Clinton.

Me levanté y me desprendí de la ropa interior. Después de examinar ésta, Clinton anunció:

—Aquí no hay nada, jefe.

—No hemos registrado la chaqueta —dijo Roger. Bremen vociferó:

—¿Qué estáis esmerando?

Me puse otra vez la ropa interior mientras Clinton se apoderaba de mi chaqueta. Cedió mi cartera a Chariton, el cual vació su contenido sobre un cajón.

Me puse los pantalones.

—Vaya, qué sorpresa —dijo Clinton—. Fuma en pipa. Lo miré un instante.

—¿Tiene eso algo de particular?

Clinton miró la pipa y se puso a dar vueltas a la cazoleta hasta que la desprendió del resto del cuerpo. Miró por el hueco y sopló

por las dos partes.

—Aquí no hay natía —dijo—. Arrojó las dos piezas al suelo, las cuales se separaron. Una de ellas, la cazoleta, golpeó contra la pared.

Luego Clinton sacó una lima para las uñas y empezó a destrozar mi chaqueta.

No quise objetar nada porque Roger me miraba con la boca torcida, deseoso de tener otra oportunidad para golpearme con su pistola.

Clinton mostró en alto lo que quedaba en mi chaqueta.

—Aquí no hay nada, jefe.

Bremen me miró y dijo, señalándome los pies:

—Todavía no se ha quitado los zapatos. Roger me pegó un patadón en la espinilla.

—Date prisa y quítate eso.

Me despojé de los zapatos y los calcetines. Éstos fueron observados minuciosamente por Chariton y Clinton.

—¿Nada? —preguntó Bremen.

Los dos esbirros hicieron gestos negativos con la cabeza.

Bremen cambió una mirada con su acompañante y, cuando éste le hizo una señal, me miró otra vez.

—¿Sé ha propuesto agotar nuestra paciencia, Wellman?

—¿Por qué no me dicen de una vez qué es lo que buscan? Ni siquiera sé eso… ¿Quizá la respuesta al concurso del medio millón?

La cara de Bremen se transfiguró por una mueca de ira.

—¡Queremos la fórmula!

—¿Qué fórmula?

—La del combustible sintético.

Capítulo XII

—¿Es que trata de embromarme, señor Bremen? —rezongué—. Tom Gibson era un vendedor de coches, como yo, y le puedo garantizar que en sus horas libres se dedicaba a divertirse.

—Gibson no fabricó ese combustible. Trató de aprovecharse de otro.

—Lo mismo que ustedes, ¿eh?

—No está en situación de hacer chistes, Wellman. Y por si le sirve de algo, no creo en su aparente inocencia.

—¿En qué me lo nota?

—Usted ha desempolvado el asunto y lo tuvo que hacer por Una razón.

—Sólo quería encontrar a Millie Russell porque se demoró en pagar la cuota del coche que compró a Tom Gibson.

—Eso es lo que usted dijo, pero apuesto a que Tom Gibson le habló de la fórmula.

—No, Bremen. Se equivoca. Usted me acaba de dar la primera noticia acerca del combustible sintético.

—Es mejor que usted ceda, Wellman —sonrió por primera vez en un rato—. Le pagaremos un precio por la fórmula y todos quedaremos a la par.

—No la tengo.

—Mis hombres le cronometraron el tiempo que permaneció en el negocio de McNally. Fueron quince minutos. Durante ese tiempo usted pudo limpiar la fórmula que estaba escondida en el reloj.

—Sus hombres me siguieron hasta el coche, como ellos mismos le han informado, y ustedes acaban de registrar mi ropa. ¿Dónde iba a meter yo esa fórmula?

Hubo una pausa y luego Bremen dijo:

—Un microfilm se puede esconder en cualquier sitio. Le mostré las palmas de las manos.

—Míreme al trasluz el pellejo.

El bastardo de Roger soltó una risita.

—¿Quiere que lo despellejemos, jefe? Así saldremos de dudas.

—No. Vais a hacer otra cosa antes.

—¿El qué, señor Bremen? —preguntó Clinton.

—Tú y Chariton giraréis una visita al señor McNally. Quiero que os informéis bien acerca de si Max Wellman sacó el reloj realmente con la papeleta de Gibson.

Clinton dibujó una mueca de perplejidad.

—No le entiendo, señor Bremen.

—Qué listo eres. He estado pensando en todo y he llegado a admitir una hipótesis: la de que Wellman dejase depositado el objeto a que se refería la papeleta y comprase el reloj en su lugar.

Chariton movió la cabeza.

—Sí, lo ha podido hacer. Eso justificaría por qué estuvo allí quince minutos. Andando, Clinton.

Los dos hijos de perra empezaron a subir por la escalera. Bremen señaló con el dedo a Roger.

—Te hago responsable de él, muchacho. Roger sacudió la cabeza.

—Puede estar tranquilo, jefe. Si intenta escapar va a salir perdiendo. Bremen y el hombre gordo también se fueron.

Roger y yo quedamos solos en el lóbrego sótano. Me puse la chaqueta porque sentía frío y luego caminé hacia el lugar donde yacían las dos piezas de la pipa.

Roger había quedado muy cerca de la cazoleta y dijo, apuntándome con su pistola al estómago:

—Quédate ahí.

—Quiero mi pipa.

Le pegué un puntapié a la cazoleta y ésta vino rodando hacia mí. Agachándome, alcancé las dos piezas. De pronto mis dedos encontraron algo extraño en la cazoleta. Estaba a punto de desprenderse un trozo. Cerré los ojos, sintiendo un estremecimiento.

—¿Qué te pasa, Wellman? —oí preguntar a Roger. Lo miré a los ojos.

—He recibido demasiado y no me encuentro bien. Sonrió

diabólicamente.

—Espera a que acabe contigo.

—Supongo que podré echar un sueño antes. Tu jefe me lo interrumpió.

—Puedes dormir si eso es lo que prefieres. Pero yo estaré pendiente de ti y será mejor que no te muevas.

Apilé con la mano libre un montón de paja que me sirviese de cabecera en el mismo sitio que me había tendido antes y me acosté dando la espalda a Roger.

De esa forma, pude abrir la mano en la que conservaba las dos piezas de la pipa, sin que él me viese.

Observé el trozo de madera que estaba a punto de caer. Allí había un hueco que había sido hecho indudablemente con la punta de un cuchillo y al fondo había una pequeña película. Era el microfilm que los hijos de perra estaban buscando y, naturalmente, en él estaría fotografiada la fórmula del combustible sintético.

Resultaba jocoso. El propio Clinton había dado con el escondite secreto cuando arrojó las dos piezas al suelo después de examinarlas.

Así que, por aquello, había muerto Tom Gibson.

Traté de apretar al trozo de madera para cubrir el agujero en que descansaba el microfilm, pero ése fue un trabajo inútil, porque volvía a separarse del cuerpo principal. Tom Gibson habría empleado un poco de cola para conseguirlo y ahora yo no tenía nada a mano.

Solté una maldición para mis adentros porque, en cuanto atrapasen otra vez la pipa, tendrían en sus manos la fórmula.

Uní las dos piezas y las guardé en el bolsillo. Me puse en pie y miré a Roger.

—Estaba pensando que sería bonito…

—¿Qué es lo que sería bonito?

—Que tú y yo hiciésemos el negocio.

—No me interesa.

—Bremen está en lo cierto. Tengo la fórmula. Sus ojos mostraron interés.

—Naturalmente, no aquí —le sonreí—. ¿Por qué hemos de dársela a Bremen? Tú y yo podríamos hacernos millonarios, Roger.

—¿Por qué he de ser yo?

—Porque eres tú quien me puede proporcionar la libertad. Hice cálculos, ¿sabes? En un par de años podríamos sacar un millón cada uno.

—Sí, todo eso está muy bien, pero sigues sin decir dónde está la fórmula.

—En cierto lugar.

—¿Olvidas que Clinton y yo te seguimos desde que saliste de aquel negocio?

—Oye, tú y yo vamos a marchar juntos en esto. Dime sí o no.

—Desde luego que sí.

Eché a andar hacia la escalera.

—Pues entonces vámonos.

—¡Quédate ahí! —ordenó con voz seca. Me detuve, mirándolo.

—Creí que estabas de acuerdo.

—Sí, estoy de acuerdo, pero antes me dirás dónde está la fórmula —sonreí—. Ésa es la condición. De lo contrario no hay trato.

—Bien —dije—. La encontraremos en el negocio de McNally.

—¿Qué historia es ésa?

—Me imaginé que estaríais esperándome y decidí dejarla allí.

—¿Cómo lo hiciste?

—Le pedí a McNally que me enseñase un candelabro, y mientras él estaba de espaldas, metí el microfilm en uno de los objetos que hay allí.

—¿En cuál?

—Eso no te lo voy a decir. Tú y yo iremos a la casa de empeños y nos haremos con él. Se rascó una patilla con el cañón de la pistola.

—Eres un tipo muy astuto, Wellman.

—Creo que vale la pena serlo por un par de millones de dólares —le sonreí—. Uno de ellos va a ser para ti, Roger.

Se puso en pie y vino hacia mí.

—Muy bien, Wellman —dijo, pero de pronto me atizó con la pistola en la cara. Un segundo antes vi su intención y salté a un lado, golpeándole el hígado.

Tuve muy mala suerte. En lugar de caer hacia adelante, resbaló en la paja y se fue contra la escalera.

Con la cara amoratada, levantó la pistola cuando yo me lanzaba

otra vez sobre él.

—Anda, muévete y te vacío el cargador. Me detuve respirando agitadamente.

—Márchate al rincón, Wellman. Seguí quieto.

—¿Qué hay de lo nuestro? —dije—. Es tu oportunidad, Roger.

—Claro que lo es y la voy a aprovechar… ¡Al rincón! Voy a contar hasta tres y si para entonces no te has largado allá, te juro que te abraso.

Retrocedí porque leí en sus ojos que estaba dispuesto a llevar a cabo su amenaza. Entonces él se movió hacia la zona oscura que había bajo la escalera.

Sonó una campanilla y vi a Roger con un auricular en la mano. Allá había un teléfono metido en un hueco.

—Soy Roger, señor Bremen —anunció—. He estado hablando con el muchacho. Me hizo una oferta… Sí, señor. El y yo nos íbamos a ganar un millón cada uno… Me confesó que la fórmula la guardó en uno de los objetos del almacén de McNally… Sí, señor, eso es lo que dijo… Gracias, señor Bremen. Me gusta cumplir…

Luego colgó y se vino hacia mí sonriente.

—Bien, muchacho —declaró—. Creo que el jefe me recompensará este trabajo.

—Yo también te lo recompensaría… aplastándote la cabeza.

Sentóse otra vez en el cajón y yo traté de olvidarme de él. Así, pues, no había servido para nada mi intento de fuga.

Transcurrieron diez minutos y de pronto la puerta de arriba se abrió.

Bremen descendió la escalera seguido de un hombre a quien yo veía por primera vez. Era un fulano de talla regular, muy rubio. Se cubría con traje y camisa oscuros y corbata blanca. Era otro del mismo oficio que Roger, un matón. Su planta era inconfundible.

Bremen me dedicó una sonrisa.

—Desearía que me dijese dónde escondió la fórmula sin necesidad de que los muchachos le diesen un trato. Creo que usted me comprende, ¿verdad, señor Wellman?

—No tiene nada que hacer, Bremen.

El rubio echó la cabeza hacia atrás. Masticaba un trozo de goma. Sin interrumpir el movimiento de sus maxilares, dijo:

—Será un placer hacer cantar a este tipo, señor Bremen. Bremen

tenía los ojos fijos en mi cara.

—Sería una lástima que usted desaprovechase esta oportunidad que le brindo, señor Wellman.

—Es usted muy amable, pero mi respuesta sigue siendo la misma.

—Muy bien. Recuerde que usted ha decidido. Pero antes de que mis muchachos le pongan una mano encima quiero concederle treinta minutos para que recapacite —desvió los ojos hacia Roger—. Quiero que esa media hora la pase en el otro sótano. Estoy seguro de que allí se sentirá menos solo. Llevadlo allá y no lo molestéis hasta que el plazo expire.

—Sí, jefa —asintió Roger.

Bremen dio media vuelta y subió una vez más la escalera. Se detuvo en lo alto y volvióse diciendo:

—Espero que sea usted un poco comprensivo, señor Wellman. Luego salió.

Roger me indicó la escalera.

—Echa a andar. Vamos al otro sótano.

El rubio sacó la diestra, que hasta entonces había tenido en el bolsillo. Exhibió una pistolita con cachas de nácar. Era un verdadero juguete.

—¿Te dio que hacer, Roger? —preguntó.

—Sólo un poco, Tommy. Es de los blandos.

Subimos por la escalera. El rubio se quedó atrás y Roger abrió la puerta.

Fuimos al otro lado de la casa hasta llegar a una puerta igual a la que defendía la mazmorra en que había estado encerrado en compañía de Roger. La escalera era también gemela.

Roger dio la vuelta al conmutador de la luz.

—Anda, pasa —dijo.

El rubio Tommy se había alejado de mí para evitar cualquier sorpresa. Se las sabían todas. Podría arrojarme sobre Roger, pero Tommy me balearía fácilmente.

Meneé la cabeza y me metí dentro.

La puerta sé cerró pesadamente a mis espaldas y echaron el cerrojo desde fuera.

Me puse a descender, pero de pronto me detuve al ver que no me encontraba solo en aquel sótano.

Allá abajo, pegada a la pared, había una mujer. Estaba sentada en el suelo y su blusa rota dejaba al descubierto el hombro izquierdo. Tenía la cara tiznada y el cabello revuelto. La falda también estaba rasgada.

Seguí descendiendo lentamente, sin dejar de observar a la mujer. Ahora me di cuenta de que tenía la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados. Todo en ella era hermoso, desde la cabeza hasta la punta da los pies: Su cabello era el más negro que yo había visto en toda mi vida. La frente era abombada, la nariz finamente trazada, los labios rojos, la piel de su cara era muy blanca y su cuello maravilloso.

Avancé hacia ella y de pronto pisé algo en el suelo que crujió. La joven se movió y yo me detuve.

Abrió los ojos al tiempo que se llevaba una mano a la frente.

Tragué saliva observándola. Su mirada vagó errática por la estancia hasta que por último sus ojos se detuvieron en mí. Eran unos ojos enormes y rasgados.

Sus senos se estremecieron.

Como había dicho el encargado de la calle Newark, ella era la mujer con que todo hombre ha soñado en algún momento de su vida.

Era Millie Russell.

CAPÍTULO XIII

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Max Wellman, un amigo de usted, Millie.

—¿Sabe mi nombre?

—La he estado buscando hace tiempo.

Me acerqué lentamente adonde ella estaba y me arrodillé a su lado. Le tomé una mano y fue como si me pusiesen en contacto con un cable de alta tensión.

—¿Cómo está, Millie? —le pregunté. Me sonrió dulcemente.

—Ahora un poco mejor.

—No se preocupe. Vamos a salir de ésta.

—¿De qué forma?

—Ya se me ocurrirá algo. Soy un tipo con mucha inventiva, ¿sabe? —Me mordí el labio inferior diciéndome que no existía la menor posibilidad de que lográsemos salir de nuestro encierro.

—Dice que me ha buscado —murmuró—. ¿Por qué?

—Soy un compañero de Tom Gibson. El jefe me dio su cartera de morosos cuando él murió. Di con su ficha y así empezó todo…

—Lo comprendo.

—¿Por qué no me cuenta su historia, Millie? Aún ignoro muchas cosas. Inspiró profundamente y dijo:

—Estando empleada en la «Editorial Hammond» leí un anuncio en un diario. Un doctor, Joyful Kenead, necesitaba una secretaria. Ofrecía buenas condiciones económicas y me interesó, especialmente porque residía en Park Ridge, muy cerca del lago Woodcliff, y siempre me ha gustado vivir en contacto con la Naturaleza. Fui a visitarle. El doctor resultó ser un hombre de unos sesenta años, muy simpático. Me invitó a tomar el té y hablamos de generalidades, de mi familia, de mis creencias religiosas y de otros

muchos temas. Encontré un poco extraño aquello. El doctor me observaba mientras yo hablaba. Finalmente habló del motivo de mi visita. Me dijo que había pasado bien el examen pero que, si yo me decidía a trabajar con él, sería con una condición, la de que no debería dar mi nueva dirección a ninguna persona. Di la conformidad y entonces me explicó de qué se trataba. El era un doctor checo que había llegado a los Estados Unidos después de la guerra. Desde hacía veinticinco años estaba dedicado a un solo trabajo: la fabricación de un combustible sintético. Me explicó que, en el estado actual de la ciencia, el combustible tenía un interés enorme, por cuanto sería utilizado en los proyectiles intercontinentales y en los cohetes que debían ser lanzados al espacio.

Hizo una pausa, mirándome fijamente a los ojos.

—Yo hice todo lo que él me había exigido. No di a nadie mi dirección.

—Y se le olvidó pagar las cuotas atrasadas del coche.

—Sí, así fue.

—Pero ¿por qué en la ficha de usted aparecen como cobradas por Tom Gibson?

—La intromisión de Gibson fue completamente casual. Un buen día sonó el timbre de la casa del doctor Kenead. Yo interrumpí mi trabajo para abrir y en el porche me encontré con Gibson. Creo que los dos nos quedamos perplejos. Me imaginé que había dado con mi paradero y pensé que el doctor se pondría muy furioso si lo supiese. Sólo hacía quince días que había demorado la cuota, pero Tom no estaba allí por mí, sino que se disponía a hablar con el doctor para captarlo como posible cliente.

Millie cerró los ojos y los abrió.

—No le permití entrar en la casa y salí al porche con él. Le rogué que me esperase en un bar de Park Ridge y le prometí que iría allí a pagarle las cuotas.

Cometí un error porque lo único que conseguí fue que Tom Gibson se mostrase extrañado por mi conducta. Me puse al corriente en las cuotas pero, a partir de entonces, Tom Gibson empezó a rondar la casa y temí que un día u otro el doctor se daría cuenta. Al fin un día Tom logró hablar con él a solas. No pude saber qué hablaron. Me imaginé que Tom le había ofrecido un coche y que

debió fracasar en su intento. Pero pocos días después Gibson me encontró en las afueras del pueblo y él me dijo que sabía por qué el doctor trabajaba con tanto misterio. Confesó que la noche anterior se había metido en la casa —Millie guardó un silencio—. Gibson se comportó como un ladrón cualquiera. Estaba más informado que yo respecto al combustible sintético. Según él, el doctor ya había hallado lo fórmula pero estaba pendiente de unas últimas experimentaciones. Gibson me declaró su amor. Me dijo que él y yo seríamos millonarios. La noche anterior se había retirado de la casa sin llevarse nada para que el doctor no pudiese sospechar y me propuso hacer un microfilm de la fórmula. Entonces él y yo huiríamos. Todo consistía en ofrecer nuestro supuesto hallazgo al mejor postor. Le di mi aceptación y Gibson, aprovechando también la noche, fotografió la fórmula. Al día siguiente vino a verme y me confesó que la había escondido. Quise saber dónde pero no me lo dijo.

Millie cambió de posición y al hacerlo su cara quedó muy cerca de la mía.

—Gibson me dijo que compraría dos billetes para Los Ángeles y que nos marcharíamos enseguida. También estuve conforme. Aquel hombre había logrado embaucarme. Pero de pronto, aquella misma noche llegaron unos hombres muy extraños a la casa del doctor. Se encerraron con él en el despacho. Yo estaba fuera y oí grandes voces. De pronto la puerta se abrió y el doctor se dirigió a mí gritando que llamase a la policía. Uno de los desconocidos le golpeó en la cabeza haciéndole perder el conocimiento. Luego aquellos hombres me amenazaron. Habían ido allí a por la fórmula y no se irían sin ella. Lo estuvieron revolviendo todo. El doctor recobró el conocimiento y dijo que había destruido su secreto y que ni él mismo sería capaz de repetir sus experimentos sin la fórmula. Uno de los hombres lo amenazó con darle tormento y de pronto el doctor Joyful se derrumbó fulminado en el suelo. Uno de los hombres se agachó sobre él y al cabo de un rato dijo que el doctor había sufrido un colapso y estaba muerto. Entonces aquellos desconocidos lo pusieron todo en orden y se enfrentaron conmigo. No debía decir nada y todo iría bien para mí. Yo también tenía muchas razones para silenciar lo ocurrido, de modo que di la conformidad. Fui una ingenua porque el hecho de que no me

hiciesen nada después de haber sido testigo del trato que le habían dado al doctor, me debió indicar que sospechaban de mí. Se marcharon e inmediatamente llamé a un médico. Todo salió bien. El doctor Kenead había fallecido de muerte natural. Telefoneé a Tom Gibson para decirle lo que ocurría y él se personó en el pueblo. Le conté la visita de aquellos extraños hombres y me dijo que no debía de preocuparme. Al día siguiente nos marcharíamos a California. Se despidió de mí y ya no volví a verlo con vida… Y aquella misma noche, los mismos visitantes de la vez anterior fueron a la casa y me trajeron a esta mazmorra. Desde entonces me han tenido aquí preguntándome acerca de la fórmula. Yo me he cansado de repetir que Tom Gibson hizo el microfilm y que ignoro dónde lo pudo haber escondido. ¿Se da cuenta, Max? Sé que cometí una falta al dar mi consentimiento a Tom Gibson; pero ahora estoy arrepentida. Daría cualquier cosa porque el tiempo retrocediese… Me comporté muy mal, pero si se repitiesen las circunstancias, yo haría ahora lo que debí hacer. Comunicar a la policía todo lo referente a la fórmula… Santo Cielo, esos hombres tarde o temprano se harán con ella.

—No, Millie.

—Usted y yo no lo podemos impedir… Estamos aquí encerrados.

Le acaricié la cara con el dorso de la mano. Era un buen momento para demostrarle que era un tipo muy listo.

—La tengo yo, Millie.

—¿Cómo?

—La fórmula está aquí conmigo, en mi bolsillo. Abrió más sus grandes ojos.

—No lo puedo creer.

Metí la mano en el saco y extraje la pipa. La mostré la cavidad que había hecho Tom Gibson en cuyo fondo brillaba el trozo del microfilm.

De repente se abrió la puerta de arriba. Guardé otra vez la pipa en el bolsillo.

Bremen bajó la escalera seguido por una estupenda compañía. Allá estaban el gordo, Chariton, Clinton, Roger y Tommy.

Escupí una maldición. Naturalmente, ya había acabado el plazo de treinta minutos que me habían concedido y ahora me iban a atormentar para que les dijese dónde estaba el microfilm.

Se detuvieron enfrente de mí.

Bremen sonreía frotándose las manos.

—¿Y bien? —dijo.

Millie Russell se puso en pie y caminó hacia él. La ceñida falda contorneaba sus caderas y sus muslos. Entonces pude darme cuenta de lo esbelta que era y de su hermosa figura. Infiernos, no podía haber otra mujer como Millie.

Se detuvo y volvióse hacia mí diciendo:

—Lo tiene él, Serge.

CAPÍTULO XIV

Tuve la impresión de que la sangre se me helaba en las venas.

—¿Sí, querida? —dijo Bremen.

—Me lo acaba de confesar —asintió Millie—. Tom Gibson lo escondió en una pipa —me señaló con el dedo.

—Justo la que Wellman tiene ahora en el bolsillo del saco. Sus hermosos ojos brillaban mucho y sus labios sonreían. Empecé a levantarme.

—¡Maldita zorra…!

—¡A por él, muchachos! —dijo Bremen.

Clinton, Roger, Chariton y Tommy se arrojaron sobre mí al mismo tiempo. Me defendí a puñetazos, a mordiscos, a puntapiés, pero la ira no me dejaba ver a mis rivales.

Oí aullidos, crujidos de huesos y sabía que ellos también me estaban pegando, pero yo no sentía el dolor.

Finalmente, me encontré tendido en el suelo. La sangre me corría por la cara.

Sacudí la cabeza y me senté. Bremen ya tenía la pipa en una mano y el microfilm en la otra.

Millie, a su lado, sonrió triunfadora.

Tommy estaba de rodillas en el suelo con una ceja partida y Clinton trataba de contener la hemorragia de su nariz.

Bremen acarició el hombro desnudo de Millie.

—Fue una buena idea eso de tenderle la trampa, querida. Vales tu peso en oro.

—Gracias, Serge —ella se volvió hacia mí para mirarme—. Resultó muy fácil. Sólo tuve en cuenta aquello que me dijiste de que él se había enamorado de mí mientras me buscaba.

Apreté fuertemente los dientes y sentí como la piel se me

atirantaba sobre la cara. Sí; yo me había comportado como un colegial. Nunca me había fiado de las mujeres y ahora, la primera vez que lo hacía, me la hacían pagar por todas.

Bremen pasó el microfilm al hombre gordo, el cual desorbitaba los ojos mirándolo mientras se relamía los labios con la lengua.

—Ha sido un gran servicio, señor Bremen —comentó.

—No tenía que dudar de mí. Y ahora, brindaremos arriba por nuestra querida Millie. Se fueron hacia la escalera, pero de pronto Roger preguntó:

—¿Qué hacemos con éste, jefe? Bremen me echó una mirada.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer —dijo—. Pero no me gustaría qué se encontrase su cuerpo.

Era la sentencia inapelable.

Bremen, Millie y el hombre gordo subieron por la escalera y yo quedé rodeado por cuatro fieras listas para clavarme la zarpa.

Vi algo por el rabillo del ojo. Junto a la pared había una pistola. Se hallaba casi cubierta por la paja, pero podía ver bien la culata. A uno de aquellos bastardos se le había caído mientras peleábamos.

No podía perder un segundo. El microfilm estaba a punto de salir de la casa y entonces sería imposible recuperarlo.

Me lancé sobre el tipo que tenía más cerca, Clinton.

—¡Maldito perro! —grité lanzando el puño hacia atrás.

Lo hice un poco lentamente y de esa forma él me pegó en el estómago y luego me cazó con la zurda en el mentón.

Caí dando vueltas justamente en la dirección que yo quería.

Quedé de bruces junto a la pared y moví la cabeza. Junto a mi cara estaba la pistola.

Moví la mano y la atrapé por la culata. Puse el dedo índice en el gatillo.

Oí a Roger a mis espaldas.

—Dejádmelo a mí, muchachos. Desde un principio juré que yo me lo cargaría. Reí para mis adentros. El había jurado que se me cargaría.

Me volví hacia ellos y contemplé sus caras.

Roger avanzaba sobre mí con la pistola en la diestra, pero el cañón apuntaba al suelo.

Se quedó inmóvil, sorprendido porque yo tuviese un arma y levantó la suya.

Apreté dos veces el gatillo.

Los otros tres tipos echaron mano a sus cañones. Yo no sabía a cuál de ellos le faltaba el suyo ni podía detenerme a investigarlo. Eran matones, gusanos, malditos hijos de perra que no vacilaban en asesinar por un puñado de dólares.

Vi cómo caían retorciéndose, escupiendo maldiciones, llevándose la mano al pecho o al estómago cada vez que uno de los plomos que les enviaba mordía en su carne.

Salté por encima de sus cuerpos agonizantes y corrí escaleras arriba.

Temí que hubiesen echado el cerrojo por fuera pero no era así. Bremen había estado demasiado seguro de que yo iba a sucumbir allá abajo, en la mazmorra.

Corrí por el corredor y abrí una puerta.

Vi al hombre gordo salir de una habitación con una pistola en la mano. Disparé sobre él y el tipo se detuvo, hizo una cómica pirueta y se derrumbó sobre su grueso abdomen lanzando un estertor.

Corrí hacia él, le quité la pistola de la mano y arrojé la mía. Luego, sin detenerme, escapé hacia el hueco por donde él había salido y me lancé al aire hacia dentro.

Ésa fue una buena idea porque oí dos estampidos y dos proyectiles pasaron cerca de mi cabeza.

Golpeé en el suelo y fui rodando por una alfombra.

Tropecé con carne blanda y al volverme, tras un sillón me encontré con que allí estaba la hermosa Millie. Sus dedos provistos de largas uñas se crisparon y sus ojos me miraron con odio.

—Hola, rica —dije sonriendo con los dientes apretados—. Debiste elegir mejor tu bando.

—¡Maldito seas!

Se abalanzó sobre mí para arañarme la cara y en ese instante Bremen, que estaba enfrente, envió dos proyectiles.

Millie lanzó un grito mientras caía sobre mí. Yo me vencí hacia atrás bajo el peso de su cuerpo.

Con ella encima, me volví estirando el brazo armado y descubrí a Bremen con una rodilla en el suelo junto, a la mesa. Disparé una, dos, tres veces.

Vi como en la frente de Serge aparecía un agujero y un hilillo de sangre le corrió entre las dos cejas hacia el puente de la nariz.

Permaneció así unos instantes y luego se vino hacia delante quedando de bruces en el suelo.

Entonces me di cuenta de que yo tenía encima de mí a la hermosa Millie. Pero ella estaba inmóvil.

Sentí un escalofrío en la espalda al no sentir los latidos de su corazón.

Dejé la pistola y tomé a la morena por los brazos apartándola a un lado. Su cabeza se venció colgando inerte.

La dejé sobre la alfombra sintiendo que en mi cuerpo se producía un terrible vacío… Después de todo, ellos habían tenido razón. Yo me había enamorado de una mujer que no había visto y ahora estaba muerta.

Las lágrimas me quemaron los ojos.

Apreté los puños hasta que las uñas se me clavaron en las manos y de pronto oí una voz que llegaba de la puerta.

—¡Estése quieto ahí y no se mueva!

Alcé la mirada y me sentí otra vez invadido por la ira al reconocer al tipo que había allí. Tampoco lo había visto antes de ahora pero dos personas me habían hablado de él. Era el fulano que había entrado en el departamento de Tom e hizo el destrozo buscando la fórmula. Y también era el mismo sujeto que estaba en el campamento del lago Woodcliff cuando fueron Ethel Lands y Millie a pasar un fin de semana. Esto me hizo recordar que yo había caído demasiado fácilmente en las redes de Millie puesto que ella, antes de contratarse con la editorial Hammond, ya estaba envuelta en el lío.

El fulano estaba observando el cadáver de Bremen, y el de Millie. Miré la pistola que había dejado en el suelo y me preparé para lanzarme sobre ella. Ahora no importaba nada que alguien me pudiese descerrajar un tiro.

Spencer Dunn avanzó sobre mí mostrándome la pistola en la diestra. Me dije que contaría hasta tres y entonces me dejaría caer para atrapar el arma.

El tipo sacó la zurda del bolsillo del saco y me mostró algo brillante en la palma. Lo observé boquiabierto. Tuve la impresión de que me pegaban un mazazo en la nuca. Aquel hombre me estaba mostrando una placa de policía.

—Soy Allan Sharpe, del

F. B. I.

Creí que me iba a desmayar, o quizá fuese que estaba atontado después de tanto golpe recibido. Me eché atrás y déjeme caer en un sillón.

—Ha hecho usted un buen trabajo, Wellman. Creo que el país ha contraído una deuda con usted.

Lo miré a la cara y señalé el cuerpo inmóvil de Millie Russell.

—¿Quién es ella realmente?

Allan Sharpe también miró el cuerpo de la hermosa mujer.

—Llegó hace seis meses de Europa. Aquí la tenían preparada una falsa documentación. Traía una misión concreta. Establecer contacto con el doctor Joyful Kenead y conseguir, al precio que fuese, su fórmula del combustible sintético. Naturalmente, ella estaba en con tacto con otros miembros de una organización de espionaje —señaló a Bremen—. Serge era el cabecilla.

Le conté la historia que ella me había colocado. Luego Sharpe dijo:

—Es falso que el doctor solicitase una secretaria por medio de un anuncio. Fue ella quien se presentó en su casa diciendo que era checa de nacimiento y que había llegado exilada a los Estados Unidos. Logró conmover al viejo y él la aceptó como secretaria.

—Oiga, Allan. Usted la estaba siguiendo desde mucho tiempo antes. El agente sonrió.

—El
F. B. I.
tiene también sus informadores confidenciales. Desde que la falsa Millie llegó a los Estados Unidos, nosotros nos ocupábamos de ella, pero también nos interesaba que el doctor continuase con sus experimentos.

—¿Quiere decir que Kenead no quería trabajar para el Gobierno?

—No, el doctor sólo quería que se hiciese una aplicación pacífica de su experimento y no pensaba dar la fórmula hasta que hubiese muerto.

—¿Qué me dice de Gibson?

—Gibson era un tipo vivo. Es cierto que encontró a Millie por casualidad cuando él se presentó en casa del doctor para ofrecerle un coche. A Gibson le gustaba la chica y empezó a asediarla. —

Allan hizo una pausa—, Gibson debió llegar a la conclusión de que allí se estaba cociendo algo y una noche se metió en casa del doctor y fotografió la fórmula. Pero lo que no le contó Millie es que al día siguiente el doctor se dio cuenta de que sus cosas habían sido cambiadas de lugar. Entonces, en un acceso de ira, destruyó todo lo que había hecho en unos cuantos años. Millie se imaginó lo que había hecho Gibson e inmediatamente se puso en contacto con Bremen. La banda decidió obrar sin contemplaciones. En primer lugar, trataron de convencer al doctor para que les diese la fórmula, pero el pobre hombre, mientras era maltratado, sufrió un colapso y murió. Tom Gibson cometió un error, si puede llamarse así a enamorarse de una mujer como Millie. Apareció en Park Ridge con ánimo de llevarse a la muchacha a California, pero lo que hizo Millie fue avisar a Bremen. Y de esa forma Tom Gibson se ganó la fosa.

—Pero ¿por qué lo mataron si él se había convertido en la gallina de los huevos de oro?

—Acabaron con él casualmente. Gibson fue sometido a un interrogatorio y quizá lo golpearon con demasiada fuerza. Lo cierto es que se encontraron entre las manos con su cadáver y no tuvieron más remedio que simular un accidente para quitárselo de encima.

Di un suspiro.

—En resumen, que ustedes pudieron intervenir en cualquier momento.

—Sí, Max. Pero nosotros también queríamos la fórmula. Y en fin, creo que tal como han sucedido las cosas, sin usted no la habríamos logrado.

Guardó la chapa en el bolsillo y me enseñó entre los dedos el microfilm por el que habían muerto tantas personas.

—Creo que ha valido la pena —dijo.

Oírnos ruido de carreras y por la puerta empezaron a entrar policías de uniforme y de paisano.

* * *

Era mi primer día de trabajo con Ross Cambel. Me iba a dedicar a lo mismo, a vender coches de segunda mano, pero Ross me ofrecía mejores condiciones que Adam.

Los del
F. B. I.
habían atrapado a mi antiguo patrón acusándole de haber aceptado dinero de una banda de espías. No tenían ninguna prueba y Adam quedaría libre, pero al menos le darían un buen susto.

Estaba sentado ante la mesa que me habían destinado cuando sonó el teléfono.

—Hola, Max —dijo la voz de Susan—. Me alegro mucho de que todo se te haya arreglado.

—Fue gracias a ti, pequeña.

—Oye, Max, tengo que decirte algo importante… Johnny y yo nos volvemos a casar.

—¿Otra vez? Si os divorciasteis hace unos días…

—Voy a ser madre… Mi marido es el padre de mi hijo. Tú lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, creo que sí, aunque lo importante es que los dos sigáis enamorados.

—Eres un ángel.

Colgué y salí a la calle. Hacía un día brillante y el cielo tenía un color azul turquesa. Cuando llegué al bar, Ethel Lands me estaba esperando.

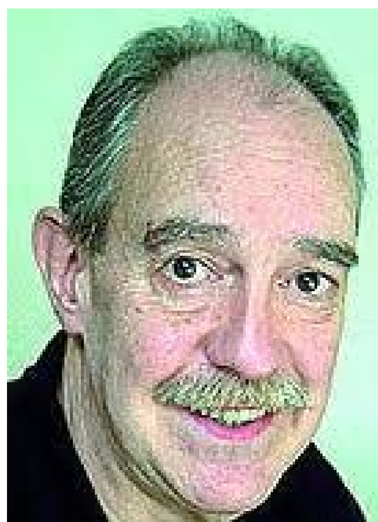
—Hola, entrometido —dijo.

—Tengo muchas cosas que contarte, Ethel —murmuré.

—¿Qué te parece si empiezas a decírmelas mientras comemos?

Se las dije y, para cuando terminé, la cosa iba ya por el quinto beso.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).